EL TEATRO
Y LA
ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA.

LA MENDIGA DEL MANZANARES

ZARZUELA EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO

DE LOS SEÑORES

D. ENRIQUE PRIETO Y D. ANDRÉS RUESGA

MÚSICA DEL MAESTRO

D. MIGUEL MARQUÉS

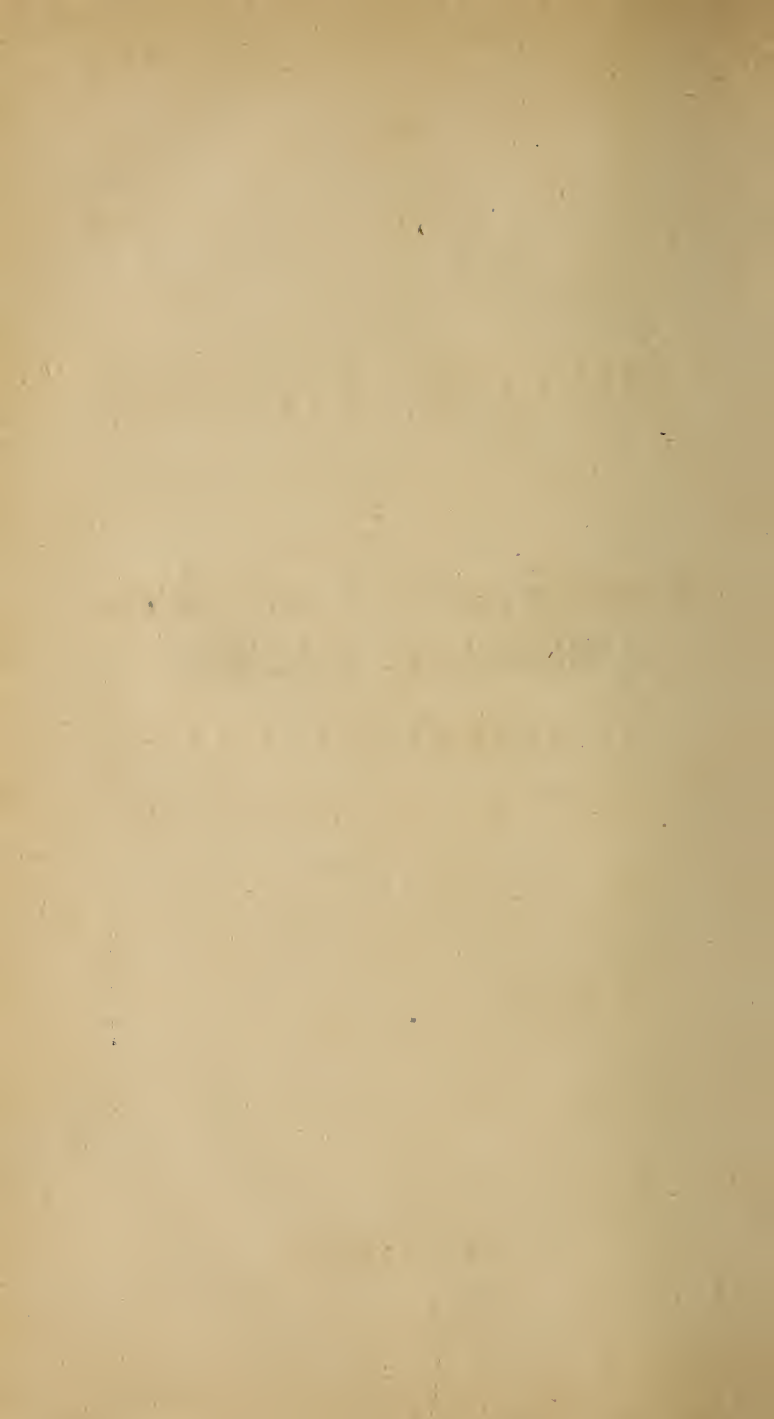
Estrenada con gran éxito en el teatro de Apolo la noche del 14 de Diciembre de 1880

MADRID

OFICINAS: POZAS 2 Y SEVILLA 14
1880



LA MENDIGA DEL MANZANARES



EL TEATRO
Y LA
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

LA
MENDIGA DEL MANZANARES

ZARZUELA EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO

DE LOS SEÑORES

D. ENRIQUE PRIETO Y D. ANDRÉS RUESGA

MÚSICA DEL MAESTRO

D. MIGUEL MARQUÉS

Estrenada con gran éxito en el teatro de Apolo la noche del 14 de Diciembre de 1880

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE DIEGO VALERO
SAN MARCOS, 26

PERSONAJES.	ACTORES.
LA MENDIGA (Elvira, hija del marqués de Alcira)...........	Sra. Cortés de Pedral.
MARQUES DE ALCIRA..........	Sr. Corona.
EL CONDE DE ARANDA.........	» Berges.
DON ANSELMO.................	« Banquells.
FRAY VALENTIN (Lego).........	» Tormo.
MARICUELA....................	Sra. Baeza.
EL SEÑOR PACO...............	Sr. Bosch.
ANTONIO EL ESTUDIANTE......	» Moron.
UN POSADERO.................	» Mora.
DOS FRAILES CARMELITAS.....	N. N

Lavanderas, estudiantes, soldados, frailes, alguaciles y niños.

Reinado de Cárlos III.

ACTO PRIMERO.

Ribera del Manzanares.—A la izquierda en primer término una casa pequeña con puerta practicable. Sobre ella un emparrado y bajo él mesas y sillas.—Sobre el emparrado, y frente al público, un letrero que diga «MERENDERO.» Al fondo y desde el tercer término de la izquierda, hasta el primer término de la derecha, un cauce del rio con bancas y piedras para las lavanderas. En el centro un puente hecho con troncos. Cuerdas de palo á palo con ropa colgada. Al levantarse el telon aparecen las lavanderas, cada una con su paleta, golpeando la ropa al compás de la música, y lavando, colocadas en las dos orillas del rio.

ESCENA PRIMERA.

Coro de lavanderas, luego frailes y despues estudiantes.

Música.

—

LAVANDERAS.

A lavar lavanderas,
démonos prisa,
los calzones de lienzo
y las camisas.
Ande el trabajo;
cuando llegue la noche
vendrá el descanso.
Dale chiquilla
sin compasion,

mucha paleta,
poco jabon.
Que en este mundo,
no hay que dudar,
se logra todo
con machacar.
¡Tram, tram,
tram, tram! (Golpeando la ropa con las paletas.)

II.

Con el agua del rio
que hay cuando llueve,
queda blanca la ropa
como la nieve.
Para limpieza,
son los chorros del oro
las madrileñas.
Dale chiquilla, etc. (Dos frailes salen por el foro. Al verlos las lavanderas se levantan á besarles las manos. Ellos las bendicen.)

FRAILES. Santas tardes, mis buenas
hermanitas.

LAVAND. Bien venidos los padres
Carmelitas.

FRAILES. El Señor os preserve de
los males
y os liberte de influjos
infernales! (Los frailes van á sentarse al merendero y las lavanderas vuelven á su sitio.)

LAVAND. Dale chiquilla, etc. (Oyense dentro las guitarras de los estudiantes.)
Escuchad ese ruido;
no hay duda alguna,
ya se acerca cantando
la alegre tuna,
Oid, oid,
callad, callad,
las paletas dejemos,
aquí están ya. (Salen los estudiantes con gui-

tarras y otros instrumentos. Las lavanderas se levantan. Los dos frailes en el merendero, toman el chocolate que Maricuela les habrá servido.)

ESTUDIAN. Cuando van los estudiantes
por las calles de Madrid,
dicen todas las muchachas:
¡si uno fuera para mí!
y de rejas y balcones
al oir nuestra cancion,
en suspiros nos arrojan
más de un pobre corazon.
Prendidas quedan
en nuestra red,
y á todas juntas
queremos bien.
De amor tenemos
un gran caudal,
pero en dinero
ni medio real. (Antes de concluir la música, los frailes se levantan y se van.)

HABLADO.

—

LAVAND. 1.ª ¡Viva la tuna!
TODAS. ¡Viva!
ANTONIO. Gracias, muchachas,
y vivan las mujeres
de rompe y rasga.
LAVAND. 1.ª ¡Ay que salero!
ANTONIO. Tienes chica, unos ojos,
como luceros.
En su luz me achicharro
cual mariposa.
LAVAND. 1.ª ¿Eres bicho con alas?
¡Valiente mosca!
ANTONIO. Dame un abrazo
que mitigue este fuego...
LAVAND. 1.ª ¡Al agua, patos!
ESTUD. 2.º Lavandera que lavas

penas de amor.
tú serás mi bandera...

LAVAND. 2.ª Y tú el pendon.

ESTUD. 2.º Deja melindres,
y en un ósculo tierno
mi amor recibe.

LAVAND. 2.ª ¡Alto el fuego!

ESTUD. 2.º (*Queriendo abrazarla.*) ¡Por fuerza!

LAVAND. 2.ª (*Dándole un bofeton.*) ¡Pues toma el beso!

ESTUD. 2.º Mal enjambre te pique...

LAVAND. ¿Petra, qué es ello?

LAVAND. 2.ª Que estos sotanas
se han venido hasta el rio
buscando lana.

LAVAND. 1.ª Váyanse los tunantes.

ANTONIO. Calle la boca
doña Paz Trota-lienzos.

LAVAND. 1.ª ¡A mucha honra!

LAVAND. 2.ª ¡Vaya el sopista
D. Raido Manteo!

ANTONIO. ¡Doña Legía!

LAVAND. 1.ª Compañeras, seguidme
todas á una,
y arrojemos al agua
á esta gentuza!

LAVAND. Fuera con ellos.

ANTONIO. ¿Nos declaran la guerra?
¡Muchachos, fuego!
Entre besos y abrazos
demos fin de ellas.
¡Al asalto, estudiantes!

LAVAND. 1.ª A las paletas. (*Cojen todas las paletas y amenazan á los estudiantes.*)

LAVAND. 2.ª ¡Chicas, valor!

ANTONIO. ¡Que sacan los cañones!

TODOS. ¡Traicion! ¡Traicion! (*Vánse todos en tropel, perseguidos por las lavanderas en el momento en que se presenta Fray Valentin y le toman por uno de tantos.*)

ESCENA II.

DICHOS y FRAY VALENTIN.

FRAY VAL. ¿Pero qué alboroto es este?
LAVAND. Duro con ellos.
FRAY VAL. ¡Cuidado!
Que es mi cabeza, hermanitas.
LAVAND. 1.ª Fray Valentin.
FRAY VAL. ¡Fray Porrazos!
Que á poco más me dejais
de fraile, fraili-quebrado.
TODAS. ¡Já, já, já!
FRAY VAL. ¿Quereis decirme
de qué proviene este escándalo?
LAVAND. 1.ª De esos pícaros tunantes.
FRAY VAL. ¿Pues qué hacian?
LAVAND. 1.ª ¡Abrazarnos!
FRAY VAL. (Santiguándose.) Jesús, María y José.
(¡Ay! ¡Quién pudiera imitarlos!)
Siendo con buena intencion,
el abrazar no es pecado.
LAVAND. 1.ª Era con mala.
TODAS. Y tan mala.
LAVAND. 2.ª No hay que dejar uno sano,
FRAY VAL. Calma, *mulieri;* haya paz
entre príncipes cristianos.
San Mateo, San Crisóstomo
y San Juan de Capistrano,
recomiendan que olvidemos
nuestras ofensas y agravios.
Perdonabit ofensorum,
de *estultum* es *sapientiarum*
(Este latin no lo entiende
ni el mismo que lo ha inventado.)
Dóminas restregan ropis;
per justillus apretatur,
in córpore de *escolástici*

machacorum jabonarum.
¿Me habeis comprendido?

TODAS. No.

FRAY VAL. Yo tampoco; en paz estamos.

LAVAND. 2.ª ¿Y á dónde bueno?

FRAY VAL. Hermanitas,
por este mundo rodando
en busca de la limosna
que los devotos cristianos
dan á los padres Franciscos.

LAVAND. 1.ª ¿Se ha hecho mucho?

FRAY VAL. Ni un ochavo.
Hoy todo ha sido en especies,
y por no manchar los hábitos
lo llevo oculto...

LAVAND. 1.ª ¿En las mangas?

FRAY VAL. Entre pecho y espinazo.

LAVAND. 1.ª ¡Qué tragon!

LAVAND. 2.ª Así no hay miedo
de que se lo coma un galgo.

FRAY VAL. Hermanas, las penitencias
me tienen debilitado,
y es preciso...

LAVAND. 1.ª ¡Ya lo creo!
¡Si estuviera trabajando
como mi pobre Cornelio!...

FRAY VAL. Hija, tu esposo es un ganso.
¡Quién le mandaba casarse
sin haberse confirmado! (Risas de las lavanderas.)

UNAS. ¡Es verdad!

OTRAS. ¡Bien por el lego!

FRAY VAL. Ea, hermanitas, me marcho.
Quedad en gracia de Dios,
y aunque lego *intonsurado*,
os dejo mis bendiciones
y os doy á besar mi mano. (Todas le besan la mano.)

y tú por tus heregías (A la 1.ª)
reza catorce trisagios!...
y cuida que á tu Cornelio
no le salga el nombre caro.

TODAS. ¡Já, já, já!

FRAY VAL. Yo voy á ver
si tomo algun sopicaldo. (Las lavanderas desaparecen y Fray Valentin se dirige al merendero.)

ESCENA III.

FRAY VALENTIN, luego MARICUELA.

Y de paso á visitar
á la hermana Maricuela,
para ver si se consuela
y deja al fin de llorar.
Es una viuda que siente
la falta de su difunto;
que tiene muy buen conjunto
y un chocolate excelente.
Yo la consuelo y la animo,
y á su dolor pongo tasa,
y ella me obsequia en su casa
con tal fervor y tal mimo,
que un dia, ante los embates
de tan dulce tentacion,
perder temo el corazon
á fuerza de chocolates.
(A la puerta del merendero.)
¡Deo gracias!

MARIC. (Dentro. ¡Eh! Perdonad,
y Dios os guarde, hermanito.

FRAY VAL. ¡De vos solo necesito!
Tenga, hermana, caridad.

MARIC. (Saliendo. ¡Fray Valentin!

FRAY VAL. En persona.

MARIC. Creí fuera un importuno.

FRAY VAL. ¿Algun mendigo?

MARIC. Algun tuno...
¡Y érais vos!
FRAY VAL. ¡Gracias, pichona!
MARIC. Como por el rio hay tanto
vagabundo...
FRAY VAL, Os lo concedo.
Y vuestro huésped es...
MARIC. Quedo.
Ese mendigo es un santo.
FRAY VAL. ¿Santo dijo?
MARIC. Sus pesares
llora el pobre noche y dia.
FRAY VAL. Lo será, más juraria
que es un santo de Pajares.
Siempre solo y triste se halla,
de todos huye y se esconde;
si le llaman, no responde,
si le preguntan, se calla.
Si Elvira no está, murmura,
y os apuesto mi cabeza
que cuando reza, no reza,
sino que al diablo conjura.
MARIC. ¡Aprensiones!
FRAY VAL. Pues jurara...
que su cara no es...
MARIC. Callad.
Su hija es la misma bondad.
FRAY VAL. ¡Ay! Esa ya es otra cara!
MARIC. Desde que amanece Dios
sale la pobre á cantar
por el rio, hasta encontrar
el sustento de los dos.
A tanto su gracia obliga,
que por oir sus cantares,
las gentes del Manzanares
van siguiendo á la mendiga.
Canta como un ruiseñor;
yo no sé dónde ha aprendido,

pero lee de corrido,
y escribe mucho mejor.
Reza el rosario en latin,
recita muchos portentos,
muchas historias y cuentos,
y sabe más que Merlin.
Y es tan bella que provoca
simpatía su hermosura.
¡Una gracia! Una dulzura!...

FRAY VAL. ¡Ay! Se me hace agua la boca.
Cese, hermana, de elogiar
tentaciones del demonio,
que no soy un San Antonio
y me puedo condenar.

MARIC. ¡Fray Valentin!...

FRAY VAL. Maricuela...

MARIC. ¡Que es pecado!...

FRAY VAL. Ya lo sé
Maricuela. Yo pondré
despues al santo una vela.

MARIC. Pero hermano, ¿esas tenemos?
¿Y las reglas?

FRAY VAL. ¡Ay, hermana!
¿En la doctrina cristiana
no dice que nos amemos?
Pues si allí lo manda Dios,
quiero amar vuestros encantos.
Me gustan mucho los santos,
pero más me gustais vos.

Música.

—

MARIC. Hermano Valentin,
no siga por favor,
que puede condenarse
y condenarme yo.

FRAY. VAL. Hermana, decís bien,
y alabo la ocasion;

si juntos nos perdemos
cuanto antes es mejor.

MARIC. Por Dios, hermano,
repórtese.

FRAY VAL. Perdone, hermana,
pequé, pequé. (*Se separan volviéndose de espaldas.*)

MARIC. Volved los ojos.

FRAY VAL. Lo mismo vos.

LOS DOS. (*Santiguándose á un tiempo.*)
De tal pecado
líbrenos Dios.

FRAY VAL. (*Despues de una pequeña pausa y mirándola á hurtadillas.*) Yo la miro de reojo.

MARIC. (*Haciendo el mismo juego.*)
Ya me mira de soslayo.

FRAY VAL. Si no fuera un pobre lego...

MARIC. Si no fuera por los hábitos.

FRAY VAL. (*Mirándola y acercándose poco á poco.*)
¡Ay, Maricuela!

MARIC. (*El mismo juego sin acercarse.*)
¡Ay, Valentin!

FRAY VAL. Yo me aproximo.

MARIC. Se acerca á mí.

FRAY VAL. ¿Cómo sabiendo monona
que mi pasion es tan fina,
á mi agraciada persona
la arrojas contra una esquina?
Mira que me causa pena
tu bondad y tu desden;
con que apiádate morena
y deja ese ten con ten.

MARIC. Déjese de hacer el cuco:
si en su cariño no hay maca
cuelgue el hábito frailuco
y póngase la casaca.
Mi corazon vive alerta
si no viene con buen fin.

Con que llame en otra puerta
el hermano Valentin.

FRAY VAL. No permiten las reglas
el abjurar.

MARIC. Pues entonces, paciencia,
y barajar.

FRAY VAL. ¡Ay, mi viudita!
corre al convento
y haz que los padres
toquen á muerto.
Diles que recen
por Valentin,
que á tu difunto
reemplaza al fin.

MARIC. ¡Ay, mi leguito!
corro al convento
porque los padres
toquen á muerto.
Quiero que recen
por Valentin,
que á mi difunto
reemplaza al fin.

ESCENA IV.

DICHOS. DON ANSELMO y el SEÑOR PACO.

Hablado.

—

ANSELMO. ¡Qué veo! ¡Tal liviandad,
Fray Valentin.

FRAY VAL. (¡La hice buena!)
¡Kriste leyson! ¡Gratia plena!...

ANSELMO. ¿Qué escándalo es este? Hablad.

FRAY VAL. Los salmos de Salomon
le estaba enseñando ahora
á esta pobre pecadora.

ANSELMO. ¿Y el abrazo?

FRAY VAL. ¡Es devocion!

Puro celo religioso
de un cristiano!

ANSELMO. ¡Calle, hermano!
¿Y os parece muy cristiano
ejemplo tan pernicioso?
Si en el convento se sabe
tal conducta, no temeis...

FRAY VAL. Espero que no direis...
Mi delito no es tan grave,
señor; soy demandadero,
y como no he profesado,
si inadvertido he pecado
mi pecado es pasajero.
Yo no soy fraile de veras,
ni entiendo, aunque os cause risa,
más «del ayudar á misa»
que apurar las vinajeras.
Mas yo enmendaré...

ANSELMO. Me huelgo;
que el hábito compromete,
y si enmienda no promete,
le aseguro...

FRAY VAL. (Señalando su hábito.) (¡A que le cuelgo!)
(No tengo de sangre gota.)
¡Ay, Maricuela! (Aparte á Maricuela.)

MARIC. (Aparte á Fray Valentin.) Id con Dios.

FRAY VAL. (A don Anselmo.) ¡Dios os guarde!

ANSELMO. Y él á vos.

FRAY VAL. Vóime á ver á otra devota.

(Váse por la derecha.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, ménos FRAY VALENTIN.

(Durante la escena anterior, el señor Paco habrá estado examinando la casa del merendero y sus alrededores.)

ANSELMO. Mi refresco, Maricuela.

MARIC. ¿Y para el señor?

ANSELMO. Lo mismo. (Váse Maricuela.)
¿Y bien Paco?
PACO. No hay escape.
La ventana que dá al rio
está á gran altura, y dudo...
ANSELMO. Por la puerta...
PACO. Es lo más fijo.
Que para entrar y salir
son las puertas y postigos.
ANSELMO. No temes...
PACO. Ni por asomo.
Lo tengo todo previsto,
y en cuanto dé la señal
vereis si son buenos chicos
y obedientes.
ANSELMO. Eso sí.
Servidores más sumisos
no los tuvo nunca el rey.
PACO. ¡Don Anselmo!...
ANSELMO. Tú eres listo,
y en el barrio tienes fama
de honrado y caritativo.
Haces todo el bien que puedes
entre todos tus vecinos,
y con un partido cuentas...
PACO. Qué quereis; yo no soy rico,
pero hay tanto pobre, que
á este un poco, otro poquito
al otro, yo les remedio,
y me están agradecidos.
Y hasta si llegara el caso
podria, siendo preciso,
disponer de algunos cientos
de brazos bien decididos
por la buena causa.
AESELMO. Es cierto.
La causa de Dios. Hoy mismo,
quizá esta noche, tengamos,

segun el padre Rufino,
nuestro sábio confesor,
buenas nuevas. Ha corrido
como seguro que el rey
por completo ha desistido
de los planes que hace tiempo
le suponen, y contrito
vuelve al seno de la Iglesia
nuestra madre.

PACO. Pues lo dicho:
fortuna y vida os entrego,
disponed á vuestro arbitrio.

ANSELMO. Gracias Paco. Buena prueba
te doy de lo que te estimo;
esta noche... (Señalando la casa.)

PACO. ¿Pero estais
cierto que es él?

ANSELMO. Segurísimo.
Aunque le daban por muerto
ocultarse no ha podido
á nuestras pesquisas.

PACO. Mas...
en ese estado aflictivo...

ANSELMO. Apariencias. No conoces
lo que es el mundo.

PACO. Yo...

ANSELMO. Chito.

MARIC. (Saliendo con los dos refrescos.)
Aquí teneis el refresco.
Agua de limon con vino.

ANSELMO. (Dándole una moneda.)
Toma y cobra.

MARIC. Voy á daros
lo que sobra.

ANSELMO. No es preciso.
Dáselo como limosna
á ese pobre, á ese mendigo
que tienes en casa.

MARIC. Bueno,
se lo daré, aunque maldito
si le precisa.

ANSELMO. (Aparte á Paco.) ¿Oyes?

PACO. (Idem á Don Anselmo.) Sí.

MARIC. Para qué mejor alivio
que su hija, que es un tesoro
con su voz y su palmito.

ANSELMO. Bien dices, tiene esa jóven
un aire tan distinguido,
y un trato tal, que cualquiera
la tomara por...

MARIC. De fijo.
Cuántas damas de la córte
quisieran tener su brío.

ANSELMO. ¿Y el padre? Nada has notado
de extraño? Ningun indicio?...

MARIC. Sí, señor. Vaya, es un hombre
de carácter muy altivo,
y cuando pide un favor
lo hace con un despotismo...
es decir, con un imperio...

ANSELMO. ¿Y qué gentes han venido
á visitarle?

MARIC. Hasta el dia
nadie, que sepa, le ha visto.

ANSELMO. ¿Saldrá á deshoras?

MARIC. Tan solo,
desde hace un mes que aquí vino,
salió una noche; que el pobre
se encuentra tan enfermizo,
que ha tenido que hacer cama
hasta hoy.

ANSELMO. Gracias, mucho estimo
tu complacencia, y perdona
si molesto...

MARIC. ¿Quién ha dicho?...
¿Molestarme por hablar?...

A nosotras, ya es sabido,
nos sirve de distraccion
murmurar con los amigos. (Váse.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ménos MARICUELA.

ANSELMO. Ya lo oyes, Paco; las señas
son mortales.

PACO. Ya he oido...

ANSELMO. Amigo del de Pombal
queria, como él, lo mismo
que del lusitano reino,
arrancarnos el dominio
de España. Más con ayuda
de Dios, del rey conseguimos,
á su advenimiento al trono,
que desterrase al impío
por traidor, y nos librara
de un inminente peligro.
Hízose á Cárlos creer
que el marqués y sus adictos
con Luis XV conspiraban
para que el trono vacío,
á la muerte de Fernando,
fuera al de Parma, sumiso
á la córte de Versalles.
Mas si logra que benigno
le escuche el rey, apoyado
por Roda y el favorito,
puede hacer revelaciones
tan importantes, que en juicio
se ponga nuestro poder.

PACO. Temeis...

ANSELMO. Nuestros enemigos
no duermen, Paco, y es fuerza
vivir tambien prevenidos.
Calumnia sobre calumnia

corre en nuestro desprestigio
desde el lance de Esquilache,
y si estamos inactivos...

PACO. Dios no lo quiera. Esta noche
conjuramos el peligro,
y mañana...

ANSELMO. Sí, mañana...
(¡Será mia!)

PACO. Estad tranquilo.
En cuanto á la niña...

ANSELMO. Esa...
No olvides lo que te he dicho...
Nos ha de servir de rehenes.
Guardarla será preciso,
hasta lograr que de grado
secunde nuestros designios.

PACO. No alcanzo...

ANSELMO. Con más despacio;
ya te explicaré... (La orquesta empieza á tocar piano y se oyen voces de alegría.)

PACO. Ese ruido...

ANSELMO, ¡Es ella!

PACO. ¿Quién?

ANSELMO, La mendiga
del Manzanares. Buen título
para una curiosa historia
si sale á luz.

PACO. Yo os afirmo
que no saldrá. Dios os guarde.

ANSELMO. Él te conceda su auxilio, (Váse el Sr. Paco y D. Anselmo se sienta en una de las sillas de debajo del emparrado.)

ESCENA VII.

DON ANSELMO, MARICUELA, la MENDIGA y coro general.
(Todo el coro sale rodeando á la Mendiga que lleva un guitarrillo.)

Música.

MEND. Aquí está la Mendiga

del Manzanares.
La que divierte al pueblo
con sus cantares.
Paso me haced,

CORO. — Corro, corro, muchachos.

ANSELMO. — (*Aparte.*) ¡Qué hermosa es!

CORO. — Cantadnos un romance
bonito y nuevo.

MEND. — Un romance morisco
cantaros quiero.

I.

En una torre sombría
de la alhambra de Granada,
á quien el vulgo dió el nombre
de torre de la Sultana,
una mora seductora,
esposa del rey Ab-dalla,
al cristiano Fernan-Nuñez
de esta manera le hablaba.

II.

Huyamos juntos
de esta morada;
quiero en Castilla
vivir mejor.
Allí, cristiano
de tez rosada,
la estrella brilla
de nuestro amor.

—

Por esa luna
clara y serena,
yo juro amarte
con ciega fé.
Y si es preciso
ser nazarena
para adorarte,
yo lo seré.

III.

Un trueno entonces, la tormenta augura;
huye la luna, reina el pavor!
y ante la puerta de la torre oscura,
surge una sombra, una vision!
Es el rey moro que con férrea mano,
y á su venganza poniendo fin,
por la atalaya arroja al castellano
que entre las breñas va á sucumbir.

IV.

Zoraida maldice al moro
porque su bien le arrebata,
y como el pobre cristiano
se arroja desesperada.
Desde entonces, á la torre
donde sucedió tal drama,
ha dado en llamarla el vulgo
la torre de la Sultana.

CORO.

—

¡Ay, qué bonito!
lindo cantar,
un papelito
voy á comprar.
Quiero, leyendo
con detencion,
ver si me aprendo
la relacion.

Hablado.

—

UNOS. Bonito romance

OTROS. Mejor es su voz.

ANSELMO. (¡Su acento en mi pecho
el fuego avivó!)

MEND. Compradme unos cuantos,
baratos los doy.

UNOS. A mí.
UNO. Yo quiero uno.
OTROS. Yo dos.
OTROS. Yo otros dos. (Váse el coro, repitiendo: ¡Ay, qué bonito! etc.

ESCENA VIII.

DON ANSELMO y la MENDIGA.

Música.

—

ANSELMO. ¿A dónde va la niña (Al ver que la Mendiga va á retirarse.)
tan presurosa?
MEND. A llevar á mi padre
estas limosnas.
ANSELMO. Si un momento quisieras
oir mi voz...
MEND. ¿En qué puedo serviros?
Dispuesta estoy.

LOS DOS.

ANSELMO. El placer me enloquece,
solo al mirar
su gentil apostura,
su hermosa faz.
Juro á Luzbel,
que marquesa ó mendiga
mia ha de ser.
MEND. Yo no sé qué recelo
siento al mirar
su presencia importuna,
su extraña faz.
Doquier que voy,
á mi paso me encuentro
á este señor.
ANSELMO. Si brocados y joyas sin cuento,
deseas lucir,
cuanto anhele tu afan, al momento
podrás conseguir.

Una frase, hechicera doncella,
pronuncia, no más,
y en la córte de España, la estrella
y envidia serás.

MEND. Yo no os comprendo,
más claro sed.

ANSELMO. Pues oye entonces,
lo voy á ser.

—

Hay un hombre, hermosa Elvira,
que á tu sombra unido va,
que por tí pena y suspira,
que por tí sin vida está.
Por doquier tus pasos sigue,
y es tan grande su pasion,
que tu imágen le persigue
áun estando en la oracion.

MEND. (¡Es mi estudiante,
no hay que dudar.
Por él tan solo
me quiere hablar!)

ANSELMO. Mas ten en cuenta
que tu desden
trueca en infierno
todo ese edem.

MEND. (Su rudo acento
me lastimó.)

ANSELMO. Ya entre mis redes
por fin cayó.

MEND. ¿Quién es ese hombre?
Decidlo, pues.

ANSELMO. Postrado, Elvira,
se halla á tus piés. (Se arrodilla y ella se aparta.)

MEND. ¡Es él, Dios santo!

ANSELMO. Yo soy...

MEND. ¡Callad! (Rechazándole.)

ANSELMO. ¡Una esperanza!...

MEND. ¡Jamás! ¡Jamás!
Alzad del suelo,
que vuestro amor
me causa espanto,
me dá pavor!

Los DOS.

ANSELMO. Si humillada á tus plantas
hoy se ve mi altivez,
yo te juro que horrible
mi venganza ha de ser.
¡Ay de aquel que insensato
mi rencor provocó!
¡Ay de tí, pobre loca,
que desprecias mi amor!

MEND. (Su espantosa amenaza
atormenta mi sér,
y en sus ojos el ódio
reflejado se ve.) (D. Anselmo se acerca á ella y la coje del brazo.)
Apartaos, dejadme,
y tened compasion
de esta débil mendiga
que jamás os faltó.

Hablado.

—

ANSELMO. Es decir que de ese modo
mi esperanza haces pedazos.
Por última vez Elvira...
MEND. Idos ya, señor hidalgo.
ANSELMO. Escucha.
MEND. Mi padre espera.
ANSELMO. Teme mi enojo.
MEND. Es en vano.
Vuestros enojos desprecio
igual que vuestros halagos.
ANSELMO. ¿Quién osará pobre niña
contra mí prestarte amparo?

MEND. (Corriendo á la puerta izquierda donde se presenta el marqués.)
Mi padre.

ANSELMO. (¡El marqués!)

MARQUÉS. Elvira
á solas necesitamos
hablar los dos.

MEND. ¡Padre mio!

MARQUÉS. Déjanos.

ELVIRA. No sé qué extraño
temor mi pecho acongoja
y á solas siento dejarlos.
(La mendiga va á volver y el marqnés la hace seña de que se vaya.)
Más...

ESCENA IX.

EL MARQUES, DON ANSELMO.

MARQUÉS. (Despues de una pausa.)
Ya estareis satisfecho,
¿no es verdad? ¿Os causa espanto
mi presencia?

ANSELMO. ¿A mí, por qué?
No os conozco buen anciano.

MARQUÉS. Haceis bien, que ante la víctima
siempre tembló el acusado.

ANSELMO. Ved lo que hablais.

MARQUÉS. D. Anselmo
ya el disimulo es en vano.
Pronto olvidais las infamias.

ANSELMO. ¡Señor marqués!

MARQUÉS. Y es extraño
porque aún recordais el título
que vos hace algunos años
manchásteis con la calumnia
por los vuestros secundado.

ANSELMO. ¿Con la calumnia?

MARQUÉS. Qué es, pues,

lo que al monarca dió pábulo
para que tan de improviso
me retirase irritado
su favor? ¿Cuál fué la causa
de mi destierro? Sepamos.

ANSELMO. Las mismas maquinaciones
que contra mis partidarios
pusísteis en juego vos
para lograr despojarnos
del saludable ascendiente
que cerca del rey gozábamos.
Pero triunfó nuestra causa;
á oidos del soberano
llegaron vuestras perfidias,
y el justo y prudente Cárlos
merced nos hizo á los buenos
y castigó á los malvados.

MARQUÉS. ¿Malvados, decís?

ANSELMO. Si á fé.
Cuando pelean dos bandos
el vencido es el traidor,
leal el afortunado.

MARQUÉS. Razon teneis en verdad;
más por suerte está cercano
el dia de las justicias;
para ese dia os emplazo.

ANSELMO. No temo vuestra amenaza;
tengo en la córte sobrado
poder para defenderme
de cuanto podais incauto
tramar contra mí.

MARQUÉS. Quién sabe

ANSELMO. Si os atreveis, intentarlo,
hablar al rey en buen hora,
no me opondré á vuestro paso.

MARQUÉS. Eso es mi único deseo
y hoy he de verlo logrado.

ANSELMO. ¿Sabeis quizá si el monarca

querrá ver al desterrado?
Al que por traidor...

MARQUÉS. ¡Infame!

ANSELMO. Tened calma y ved despacio
si hay medio de que los dos
entendernos consigamos.
Yo estoy pronto á devolveros
el favor que tantos años
gozásteis cerca del rey,
vuestros bienes confiscados,
nombre, estimacion, poder,
todo, en fin, si vos en cambio
la mano me concedeis
de vuestra hija, á quien amo.

MARQUÉS. ¿Cómo? ¿Qué decís? Yo unirla
al infame y desalmado
causa de nuestras desgracias?...

ANSELMO. ¡Marqués!

MARQUÉS. Sellad vuestro lábio,
que mi rostro se enrojece
de vergüenza al escucharos.

ANSELMO. Pensadlo bien.

MARQUÉS. ¡Miserable!
Si mi honor acrisolado,
si el porvenir de mi Elvira,
que es todo lo que más amo,
pendieran de vos tan solo,
renunciaria á lograrlo,
que mal puede dar honor
el que ni es noble, ni honrado.

ANSELMO. ¿Es esa vuestra respuesta?

MARQUÉS. Otra más pudiera daros.

ANSELMO. No se hará esperar la mia.

MARQUÉS. Aý de vos, si logro al cabo
ver al rey. Seré inclemente
como habeis sido inhumano.

ANSELMO. Pues lo anhelais, no haya tregua
y que Dios nos juzgue á entrambos.

MARQUÉS. En él confio!

ANSELMO. (Desde el foro.) (Ah! marqués,
ya tu sentencia has dictado.) (Váse.)

MARQUÉS. Todo lo temo de este hombre
por infame y reprobado
que sea. Mañana mismo
iré sin falta á Palacio,
pues la menor dilacion
pudiera costarme acaso
perder en un solo dia
el fruto de tantos años.
Si el rey me escucha, las pruebas
que de mi inocencia guardo
le harán ver quién de los dos
fué traidor, y quién honrado.
(Váse por el Merendero.)

ESCENA X.

EL CONDE ARANDA embozado y ANTONIO.

ANTONIO. Con que decís que es allí?

CONDE. Allí al menos penetró.

ANTONIO. Pero no temeis...

CONDE. Yo, no.

ANTONIO. Estais decidido?

CONDE. Sí.

ANTONIO. La habeis hablado?

CONDE. Una vez.

ANTONIO. Sabe quién sois?

CONDE. Un amante.

ANTONIO. Pero... conde?

CONDE. No, estudiante.

ANTONIO. Bien ideado, pardiez.
Y lo creyó?

CONDE. Claro está.

ANTONIO. Qué tal su conversacion?

CONDE. No hay sensible corazon
que á su voz resista.

ANTONIO. Bah.
Hablais como enamorado.
CONDE. Ella sale.
ANTONIO. Hola, es aquella.
CONDE. Precisamente.
ANTONIO. Muy bella.
Nada habeis exagerado.
CONDE. Retírate, quiero hablarla.
La serenata?...
ANTONIO. No hay miedo
que ós falte, pues que yo quedo
señor conde en prepararla.
CONDE. Mucho Antonio fio en vos.
ANTONIO. Complacido quedareis.
CONDE. A la oracion, ya sabeis.
ANTONIO. No os faltará. Adios.
CONDE. Adios.
(Váse Antonio.)

ESCENA XI.

EL CONDE, LA MENDIGA y MARICUELA.

MARIC. En tanto que ausente esté
vos cuidareis de la casa.
MEND. Id tranquila.
MARIC. El tiempo pasa.
Adios, pronto volveré.
CONDE. Una palabra.
MEND. (¡El aquí!)
MARIC. (¡Qué veo! ¡Nuestro estudiante!)
MEND. Perdonad si en este instante...
(Queriendo retirarse. El conde la detiene con la accion.)
CONDE. No me abandoneis así
sin escucharme un momento.
MEND. Es que...
CONDE. ¡Hacedme ese favor,
os lo ruego!

MARIC. (Pues señor,
el onceno mandamiento
dicen que es el no estorbar.
y yo...

MEND. (A María.) ¿Te vas?

MARIC. ¿Qué he de hacer?
Ya es hora de recojer
la ropa puesta á secar. (Váse por el foro derecha.)

ESCENA XII.

EL CONDE y MENDIGA.

Música.

—

(La Mendiga con la vista fija en el suelo permanece casi de espaldas al Conde. Este se acerca á ella.)

CONDE. Si merece un estudiante
aspirar á vuestro amor,
yo seré fiel y constante
vuestro ciego adorador.
En mi pecho eternamente
vuestra imágen vivirá,
y si vos sois consecuente,
¡qué mayor felicidad!
Niña hechicera,
niña gentil,
por qué los ojos
bajais así.
Miradme, al ménos
que os vea yo,
y más benévola
sed con mi amor.

—

MEND. No merece una mendiga
escuchar tan grato amor,
y eso es más lo que me obliga
á mostraros tal temor.

En la córte, y á millares,
fácilmente encontrareis
lo que aquí en el Manzanares,
buen hidalgo, no hallareis.
A la Mendiga
dejad en paz,
y á otras hermosas
galantead.
¡Yo, mientras tanto,
pobre de mí,
con mis cantares
seré feliz!

CONDE. (Acercándose á ella y aumentando su apasionado acento por momentos.)
¡Puro amor mi pecho inflama,
roba mi paz!
¡Nunca en mí su hermosa llama
se extinguirá!
Solo en tí, por quien deliro
cifro mi bien.
¡Solo en tí mi dicha miro,
miro mi Edém! (La coje la mano y en ella estampa un beso. Elvira se sobrecoje, y despues de una pequeña pausa, dice con dulzura y como sintiendo el amor por primera vez:)

MEND. ¿Qué nuevo encanto
mi corazon hace latir?
¿Qué dulce llanto
lucha en mis ojos por salir?
¡El alma entera
en ese beso me robó!
¡Por vez primera
no sé, no sé qué siento yo!

CONDE. ¡Eso es amor!

MEND. ¿Amor, decís?
Entonces...

CONDE. ¿Qué?

MEND. ¡Os amo, sí!

Hablado.

CONDE. ¡Bien haya, niña hechicera,
la alegría que has causado
á mi pecho enamorado
con tu confesion sincera!
¡Bien haya la suerte pura
que une al tuyo mi destino,
mostrándome así el camino
de mi soñada ventura!
Y pues tus palabras son
hijas de ese sentimiento
que brota con ardimiento
de tu hermoso corazon,
¡de amor en un lazo estrecho
por toda la vida unidos,
respondan á mis latidos
los latidos de tu pecho!
(Al ir á abrazarla, Elvira retrocede.)

MEND. Despacio, seor estudiante,
despacio y oidme bien,
que aunque á mi modo, tambien
quiero hablaros un instante.
Si es verdad que con ardor
tan inmenso amor sentís,
y por ese amor vivís
y soñais con ese amor;
si es verdad que él os obliga
á mi destino á acercaros
y no temeis enlazaros
á una mísera mendiga,
fácil ocasion teneis,
y otra mejor no se alcanza
de cifrar vuestra esperanza,
de lograr lo que quereis.
Conmigo vive el anciano
á quien debo la existencia;

habladle con insistencia
y obtendreis al fin mi mano.
Pues él, que le pide á Dios
mi dicha, os escuchará,
y obstáculos no pondrá
para que me una con vos.
Siendo así, con gran placer
á adoraros me acomodo,
caballero. De otro modo
no me volvereis á ver.
Que aunque amor mi pecho inflama
y de mí lo habeis oido,
yo sabré con el olvido
apagar su inmensa llama.
Con que pensadlo bastante,
y adios, no os quiero cansar,
pues no tengo más que bablar.
¡Guarde Dios al estudiante!
(Váse por el merendero.)

ESCENA XIII.

EL CONDE solo.

¡Que á su padre vaya á hablar!
¡Oh, no, imposible, ay de mí!
¿Pero cómo renunciar
á su amor? ¿Cómo apagar
el volcan que ruje aquí?
De mi inaudita falsía
ya los resultados toco,
pues el deseo de un dia
sentir ha hecho al alma mia
un amor inmenso y loco.
La oculté, ansiando el placer,
mi nombre y mi posicion,
y hoy... Mas ya sé lo que hacer.
Sí tal. Poco he de poder

ó he de colmar mi ambicion.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA XIV.

PACO, dos embozados y luego FRAY VALENTIN.

(Pausa. Se queda la escena sola y va oscureciendo. Se oye el toque de oraciones y un silbido. Paco embozado sale por detrás del merendero, y dos embozados por la derecha arriba, al mismo tiempo; aquél les indica la casa y éstos entran en ella. Paco se esconde detrás del cobertizo. Música, piano en la orquesta.)

PACO. Vamos, no hay que perder tiempo.
(Los embozados entran en la casa; enseguida se oye un tiro y voces de Elvira y el marqués.)

MEND. (Dentro.) ¡Socorro! ¡Favor!

MARQUÉS. (Idem.) ¡Infames! (Tiro.)

FRAY VAL. (Sale por la derecha arriba, al mismo tiempo que los dos embozados salen de la casa llevando á la mendiga desmayada.)
Jesús, María y José.
¿Se armó ya el motin? A escape
á mi convento me vuelvo
no vayan á liquidarme.
Démonos prisa. (Al llegar al centro de la escena tropieza con los que llevan á la mendiga, y se asusta. Paco embozado se acerca á Fray Valentin, y arrojándole al suelo le dice lo que sigue.)
¡Uf!

PACO. Silencio,
ó hay de vos. (Desaparece enseguida.)

FRAY VAL. ¡San Cucufate
y todo el martirologio
me valga!

MARQUÉS. (Dentro.) ¿No hay quien me ampare?

FRAY VAL. ¿Eh? ¿qué he escuchado?

MARQUÉS. (Dentro.) ¡Favor!

FRAY VAL. (Levantándose.) Por allí creo que sale
la voz. ¿No es de Maricuela?

Corramos. (Al acercarse á la puerta del merendero, el marqués aparece en ella y cae casi desfallecido en los brazos de Fray Valentin.)

MARQUÉS. (Saliendo.) ¡Socorro!

FRAY. VAL. Calle,
pues si es el mendigo.

ESCENA XV.

FRAY VALENTIN, EL MARQUES, luego alcalde, alguaciles, estudiantes, lavanderas y MARICUELA.

MARQUÉS. ¡Mi hija!
¡Se la llevan... los infames!

FRAY VAL. ¡Dios mio! ¡Este hombre se muere!
Está herido, ¡Uy, cuánta sangre!
¡Socorro!

MARQUÉS. No, no llameis,
porque... llegarian... tarde...
Voy... á morir...

FRAY VAL. ¡Pobre hombre!

MARQUÉS. Oid un momento padre!
(Mete la mano en su pecho y saca una cartera con papeles que entrega á Fray Valentin.)
Tomad, buscad á mi hija,
á mi Elvira... y entregadle...
esos... papeles.. Hacedlo
por... el Dios... que va... á juzgarme.
(Cae muerto en brazos de Fray Valentin.)

FRAY VAL. ¡Muerto! El cielo le perdone
y á mí no me desampare.

ALGUACILES. Por aquí ha sonado el tiro.
Un hombre muerto.
(Acercándose todos con las linternas y examinando al marqués que está en brazos de Fray Valentin.)

FRAY VAL. ¡Gran Dios!

CANTO.

ESTUDIANTES. (Que salen en tropel con las guitarras y hachones encendidos, seguidos de las lavanderas y Maricuela.) Adelante, camaradas.

ALGUACIL 1.° Silencio todos.

TODOS. Chiton.

ALGUACIL 1.º En nombre de la ley
sed preso. (Dirigiéndose á Fray Valentin.)

FRAY VAL. ¿Yo?

ALGUACILES. Sí tal.
Vos sois el asesino.
Vos sois el criminal.

FRAY VAL. ¿Yo el criminal? ¡Dios mio!

MARIC. ¡Ay, pobre Valentin!

FRAY VAL. Ya puedes Maricuela
rezar á Dios por mí.

(Todos se adelantan y rodean á la ronda cubriendo el cuerpo del marqués, que le habrán dejado en una silla.)

MARIC. LAVANDS. Fray Valentin
ser criminal
no puede ser,
tened piedad,
capaz no es
de tal accion;
dejadle, pues,
por compasion.

ALGUACILES. Vos sois el vil
y el criminal,
preso venid,
no habrá piedad,
silencio, pues,
chiton, chiton,
porque será
si no peor.

FRAY VAL. Pobre de mí,
yo el criminal,
no puede ser,
tened piedad;
capaz no soy
de tal accion,
dejadme, pues,
por compasion.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Calle. Al foro derecha el palacio Real.—En primer término izquierda una casa practicable, abierta al frente del público y con dos pisos, bajo y principal. En el bajo, y á la derecha, una puerta que da á la plaza; á la izquierda en segundo término una puerta que da á la cocina; en primer término la escalera que sube al principal. Al foro un mostrador con jarras y vasos. Junto al mostrador la bajada á la cueva y cerrada por una trampa. Mesas y banquetas. En el principal, ventana á la derecha y dos puertas á la izquierda. Al foro una mesa, y sobre ella una vírgen alumbrada con una lamparilla. A la derecha un velador.

ESCENA PRIMERA.

Coro general de Estudiantes y Pueblo, luego embozados y PACO. Al levantarse el telon se oyen los últimos acordes de la marcha Real y todo el coro vitorea al rey.

Música.

—

CORO. Viva, viva el soberano,
viva el rey, viva años mil,
ya en la villa le tenemos,
ya llegó, ya llegó aquí.
Bien venido entre nosotros
sea al fin Su Majestad,
bendigamos el momento
de tan gran felicidad. (Se dividen para murmurar en dos grupos, uno de mujeres y otro de hombres.)

ELLAS. Algo grave sucede en la córte,

algo pasa de fijo en Madrid,
cuando el rey á volver se decide,
cuando el Pardo abandona por fin.
Qué será, nadie sabe la causa;
qué será, nadie acierta á explicar;
qué será lo que ocurre, Dios mio,
qué será, qué será, qué será.

ESTUD. La causa de esto
quereis saber.

TODOS. Decidlo al punto
si lo sabeis.

ESTUD. Oid atentos,
pero callad,
que son asuntos
de gravedad.

I.

El dejar el Pardo
con premura tal,
tiene por objeto...
no quedarse allá.

TODOS. ¡Ya, ya!

ESTUD. Dicen que la cosa
sube de color,
y el Pardo se ha vuelto...
todo almazarron.

TODOS. ¡Oh! ¡Oh!

ESTUD. Por calles y plazas
se murmura ya,
que los descontentos...
contentos no están.

TODOS. ¡Ya, ya!

ESTUD. Y hay quien asegura
que esto va peor
desde que á Esquilache
se le trasquiló.

TODOS. ¡Oh! ¡Oh!

ESTUD, Se dice en la calle

se cuenta en la plaza,
que acaso amenaza
un nuevo motin.
Se ignora el motivo
de tal aventura,
pero hay quien murmura
que estalla por fin.

TODOS. ¡Qué situacion!
Pobre país,
su perdicion
está en un tris.

II.

ESTUD. Dicen que la córte
descontenta está,
y que los ministros
administran mal.

TODOS. ¡Ya, ya!

ESTUD. No se sabe cuándo,
pero hay su temor
de que estalle alguna
gran revolucion.

TODOS. ¡Oh! ¡Oh!
Se dice en la calle, etc.. etc.

Hablado.

—

ESTUDTS. Viva el rey.

ANTONIO. Y viva Aranda.

TODOS. ¡Vivan!

ANTONIO. Basta de jolgorio
y entusiasmo, que los grupos
son hoy dia sospechosos. (Dos embozados entran en la taberna al mismo tiempo que Paco sale á ella.)

EMBOZ. 1.º Hola, Paco.

PACO. Bien venidos.

ANTONIO. Cada cual á sus negocios.
Aquí la gente de letras.

PACO. (*A los embozados que se han sentado, y poniendo en la mesa un jarro y dos vasos.*)
vaya un trago.

EMBOZ. 1.° No me opongo
y si es del bueno...

PACO. Se entiende,
de lo que bebo yo propio.

ANTONIO. Ea, en marcha, compañeros,
á reforzar los estómagos.
La ciencia no está reñida
con el sustento precioso
de la salud. Al contrario,
son hermanas para todo.
Sin salud no existe ciencia,
y sin ciencia nada somos.
Con que á la sopa.

ESTUDIANTES. ¡A la sopa!

ANTONIO. *Qui non manducat est mortus.*
(*Vánse todos en tropel, quedándose Antonio el último. Al mismo tiempo el conde de Aranda sale por el foro con varios cortesanos, de los cuales se despide y se van. Repara en Antonio y le detiene al marcharse.*)

ESCENA II.

EL CONDE, ANTONIO, Embozados y luego PACO. Despues la MENDIGA.

CONDE. Un momento.

ANTONIO. ¡Quién! ¿Qué miro?
Señor conde.

CONDE. El mismo, Antonio.

ANTONIO. ¿Sabeis ya de la Mendiga?

CONDE. Ni palabra; ¿y vos?

ANTONIO. Tampoco.
Por más que estoy desde el lance
sin un punto de reposo.
Nada he logrado, pardiez.

CONDE. Hay para volverse loco.

ANTONIO. ¿Tanto la amais?

CONDE. Qué os diria
cuando yo mismo lo ignoro.
No sé si es vivo interés
ó si es afecto amoroso
lo que por esa Mendiga
siento de mi alma en el fondo.
Nada más podré deciros
que lo que ayer era solo
dulce deseo ignorado,
hoy que su pérdida lloro
el corazon me desgarran
unos celos espantosos.

ANTONIO. ¿Vuestra gente?...

CONDE. Sus pesquisas

(Paco en este momento sale á la taberna con un velon encendido, una bandeja con mantel, cubierto y dos platos de manjares, y sube al principal, donde pondrá la mesa despues de haber cerrado la ventana con un candado.)

y celo son infructuosos.
Cubre densa catarata
de la justicia los ojos,
y como el ciego, camina
sin saber dónde ni cómo.

ANTONIO. Yo no atino...

CONDE. Hay algo extraño
de este crímen en el fondo,
que con otros se eslabona
y se pierde cual los otros.

ANTONIO. ¿Sospechais?...

CONDE. No son sospechas
ni son indicios tampoco;
son señales evidentes
de un poder oculto, sordo,
que entre sombras se rebulle
y nos mina poco á poco.

(Paco abre la puerta segunda de la izquierda, y entra despues de haber puesto la mesa.)

ANTONIO. Pero la ley...

CONDE. ¿Y qué puede
su desvelo generoso
si una sociedad cobarde
le niega su luz y apoyo.

(Elvira sale apoyada en el brazo de Paco y va á sentarse á la derecha.)

PACO. Vamos, ánimo; ya basta
de suspiros y sollozos,
y á recobrar, pues, las fuerzas
que el almuerzo es sustancioso.

MEND. ¡Dios mio, tened piedad
de esta infeliz!

PACO. ¡Qué demonios!
No es el caso para tanto,
ni estais en un calabozo.

MEND. ¿Qué os hizo esta desgraciada
para arrancarla alevosos
de los brazos de un anciano,
de un padre?

PACO. (¡Vaya un responso!)

MEND. Ved, señor, mi amargo llanto,
miradme ante vos de hinojos.
No permitais que el dolor
corte el aliento precioso
de su vida, que es mi vida,
mi único afan, mi bien solo.

PACO. ¡Qué diantre! basta de ruegos,
yo os aseguro que pronto...

MEND. ¡Ah, señor! (Queriendo besarle la mano.)

PACO. ¿Qué haceis? Dejaos
de gracias y requilorios.
Ahí teneis eso, hasta luego,
(Si aquí sigo no respondo.) (Enternecido.)

(Sale de la habitacion cerrando la puerta de la sala, y se oye el ruido que hace la llave. La Mendiga permanece sentada.)

CONDE. (Que durante este último diálogo habrá estado hablando con el estudiante.)

Cuento con vuestra adhesion.

ANTONIO. Disponed á vuestro antojo
conde.

CONDE. Gracias. Ahora espero
de vos me digais el modo
de pagar tantos servicios
y tantos favores.

ANTONIO. ¿Cómo?
Con vuestra amistad, pagado
quedo con exceso en todo.

CONDE. Lo comprendo, que aunque pobre
sois hidalgo y orgulloso.

ANTONIO. Títulos que no cambiara
sino por los vuestros solo,
que á los mios añadís
el talento y el arrojo.
Quedad con Dios, señor conde.

CONDE. El os guarde, amigo Antonio.
(Váse el estudiante. Paco con un bolso grande lleno de dinero sale á la taberna. La música empieza piano.)

EMBO. 1.° Y bien Paco. ¿Habrás quedado
satisfecho de nosotros?

PACO. Y si acaso lo dudárais
tomad y contad. (Arroja el bolsillo sobre la mesa, el cual se abre y deja caer el dinero.)

EMBOZADOS. ¡Cuánto oro!
La Mendiga en el principal se postra ante la vírgen y ora. Los embozados cuentan el dinero y lo reparten. El conde reflexiona.)

Música.

—

CONDE. ¿Por qué en mi pecho,
muerto hasta hoy,
brota la llama
de ciego amor?
Si fué un deseo
lo que sentí,
¿por qué su ausencia

me aqueja así?

MENDIGA.

MEND. Vírgen piadosa,
reina del cielo,
sé mi consuelo,
mi amparo sé.
Si hasta tu trono
mi ruego alcanza,
una esperanza
concedemé.

EMBOZS. Qué fortuna,
qué tesoro;
no es el oro
vil metal.
Repartamos
mi buen sócio,
que es negocio
colosal.

LOS TRES.

CONDE. Aquella dulce esperanza
que el alma mia soñó,
aquella dicha y bonanza
desapareció.
Su imágen encantadora
que tengo gravada aquí,
y aquella voz seductora
huyó de mí.

MEND. Vírgen piadosa, etc.

EMBOZS. Qué fortuna, etc.

(Concluida la música los embozados salen de la taberna y desaparecen. La Mendiga queda arrodillada delante de la virgen.)

ESCENA III.

DICHOS y D. ANSELMO por la izquierda.

Hablado.

CONDE. **(Al marcharse ve salir á D. Anselmo y se detiene.**
(¡D. Anselmo!)

ANSELMO. (¡Aranda aquí!)
Señor conde, guárdeos Dios. (Haciéndole una profunda cortesía.)

CONDE. A vos tambien. (Y de vos
me guarde de paso á mí!)

ANSELMO. ¡Mucho madrugais!...

CONDE. Pardiez,
motivos tengo.

ANSELMO. Sin duda;
pues dicen que Dios ayuda
al que madruga.

CONDE. Tal vez.
Y vos no andais perezoso
tampoco.

ANSELMO. Curiosidad
de ver á Su Majestad.

CONDE. ¡Sois leal!

ANSELMO. Y algo curioso.
¿Ese viaje inesperado
del rey?

CONDE Ignoro su objeto.

ANSELMO. Perdonadme si indiscreto...
mas temí que un atentado...

CONDE. ¿Contra el rey?

ANSELMO. O contra vos.

CONDE. Lo tengo todo previsto
y estoy seguro...

ANSELMO. No insisto...

CONDE. Dios os guarde.

ANSELMO. Guárdeos Dios.

CONDE. (Vivamos alerta, conde,
que es delito el abandono.) (Váse.)

ANSELMO. (Hoy estás cerca del trono;
mañana Dios sabe dónde.) (Entra en la taberna.)

ESCENA IV.

D. ANSELMO y PACO en la taberna, ELVIRA en el principal

PACO. ¿Vos aquí?

ANSELMO. Estaba impaciente
por verte.

PACO. ¿Ocurre algo grave?
¿Se teme acaso?...

ANSELMO. ¡Quién sabe!
¿Has avisado á la gente?

PACO. Como en otras ocasiones.

ANSELMO. Muy pronto, á lo que imagino,
traerán del Padre Rufino
un pliego con instrucciones.
Recíbelo tú advertido,
si ausente me hallara yo.

PACO. ¿Espera respuesta?

ANSELMO. No.
Ya es asunto convenido.

PACO. ¿Vais á salir?

ANSELMO. Quizás luego.

PACO. Pensé que ahora.

ANSELMO. No tal.
¿Y la prisionera?

PACO. Mal.
¡Sin un punto de sosiego!
Toda la noche ha pasado
entre rezar y gemir.

ANSELMO. No dice...

PACO. ¡Qué ha de decir!
Lamentarse de su estado.
Apenas volvió del susto,
dónde estaba preguntó;
pero la pobre calló
al ver mi silencio adusto.
No piensa más que en llorar;
y si se calma un momento,
es para cobrar aliento
y vuelve luego á empezar;
de tal suerte, que su llanto,
la verdad, me ha enternecido,
y estoy casi arrepentido...

Yo no sirvo para tanto.

ANSELMO. ¡Todo es por ella! Confia
en nuestra causa.

PACO. Bien, pero...

ANSELMO. Su triunfo es cierto.!.

PACO. Lo espero.

ANSELMO. Y cesará su agonía.
Quiero verla.

PACO. Si gustais,
la llave dejé en la puerta.

ANSELMO. Está bien; tú ponte alerta
por si el pliego...

PACO. No temais.

ANSELMO, (Este nécio, sin querer
me ayuda en mi doble empresa.)

PACO. (¡Pobre mujer!)

ANSELMO. (¡Ah! Marquesa,
ya te tengo en mi poder.) (Sube por la escalera de la taberna.)

PACO. Rabiando estoy por salir
de este complicado lance,
pues temo que algun percance
darnos pueda que sentir.

ESCENA V.

D. ANSELMO y ELVIRA, luego PACO y un hombre.

ANSELMO. Dios os guarde.

MEND. ¿Quién? Dios santo,
¡vos aquí! No me engañaba
mi dolor que os acusaba
causa de mi acerbo llanto.

ANSELMO. Injusta sois, en verdad,
para maltratarme así,
Elvira; yo vengo aquí
á daros la libertad.
Apenas llegué á saber
tan terrible situacion...

MEND. ¿Qué decís?...

ANSELMO. Sin dilacion
puse en juego mi poder.

MEND. ¡Dios mio!

ANSELMO. Y cuando gozoso
llego por vuestra ventura,
premias con tal amargura
mi proceder generoso. (En este momento un hombre entra en la taberna, da un pliego á Paco y se va.)

MEND. Oh! sí, sí, teneis razon,
no mereceis tal ultraje;
perdonad si mi lenguaje
hirió vuestro corazon.
Perdonad si de mi boca
pudo una injuria salir;
mas me sentia morir
de pesar. Estaba loca.
¡Sois bueno, y tendreis clemencia
de mi buen padre! Ah, señor!
Vamos, antes que el dolor
le dé la muerte en mi ausencia.
No consintais inhumano
sucumba al dolor cruel;
¡cómo no llorar por él
si es mi padre y es anciano!
Vamos, pues.

ANSELMO. ¡Calma!

MEND. Al momento
llevadme con él. Partamos,
caballero. ¿A qué esperamos?
¿No veis mi horrible tormento?
Tened piedad.

ANSELMO. Pronto, sí,
que en ello cifro mi gusto;
pero antes, Elvira, es justo
que la tengais vos de mí!

MEND. ¡No os comprendo!

ANSELMO. ¿Cómo no,
si mis ojos van diciendo
lo que el alma está sufriendo
desde el dia en que os amo?

MEND. ¿Amarme á mí? Oh, no, callad.

ANSELMO. ¡Oidme, Elvira!

MEND. ¡Es en vano!

ANSELMO. Permitid que en vuestra mano
imprima un beso. (Cogiendole la mano; ella la retira.)

MEND. Apartad.
¡No os acerqueis!

ANSELMO. ¡Sed clemente;
mi amor es ciego, infinito!

ANSELMO. Infame, llevais escrito
vuestro delito en la frente.

ANSELMO. ¡Elvira!

MEND. ¡Por qué fingir!

ANSELMO. ¡Tal insulto no merezco!

MEND. Miserable, os aborrezco...

ANSELMO. ¡Ah!

MEND. Y estoy pronta á morir.

ANSELMO. Pues bien, ya que así te plugo
no me culpes de tu suerte.
¡Mia serás!

MEND. No, la muerte
me librará de ese yugo.

ANSELMO. En vano la llamarás,
que ahora estás en mi poder.
¡Elvira! Ingrata mujer,
oye mi ruego.

MEND. Jamás.

ANSELMO. Sí.

MEND. ¡Favor! (Corriendo á la ventana. Anselmo la quita de ella y la pasa al otro lado.)

ANSELMO. ¡Vana porfía!
¡Ya tu esperanza murió!
¿Quién te librará?
(Se oyen golpes en la puerta primera izquierda.)

¿Quién?

PACO. (Dentro) Yo.

ANSELMO. ¡Es Paco!

El cielo le envia.

ANSELMO. Entrad allí sin tardanza.

MEND. Jamás.

ANSELMO. ¡Estoy en un potro!

(Se abre la puerta y sale Paco.)

MEND. (Yendo hácia la puerta.)

¡Ah, señor, piedad! ¡El otro!
Ya sí que no hay esperanza.

(Entra en el segundo término izquierda, y don Anselmo cierra con llave, dejándola puesta.)

ESCENA VI.

DON ANSELMO Y PACO.

PACO. Pobrecita.

ANSELMO. Muy bien dices.
Tambien como á tí, su pena
de sentimiento me llena.
Mas pronto, en dias felices
se trocará y en contento
su suerte, hasta ahora ingrata.

PACO. Dios quiera...

ANSELMO. Solo se trata
de hacer que entre en un convento
y de derecho obtengamos,
con su renuncia despues,
los bienes que del marqués
hace tiempo disfrutamos.
De esta manera consigo
el bien de la comunion,
y su eterna salvacion...
(si no se casa conmigo.)

PACO. Aquí está el pliego, tomad.

ANSELMO. Ya me tenia impaciente.

PACO. En el sobre, dice, *urgente*.

ANSELMO. Pues abre y lée.

PACO. Escuchad.

(Abre, y lée el pliego.)

«Hermanos mios: Esta noche, concluido el Rosario, os espero en este Noviciado para el triunfo de nuestra causa y gloria de Dios. Las puertas se abrirán á vuestro paso, al pronunciar estas palabras: Jesús, obediencia y fé.

Madrid, etc.»

ANSELMO. No te olvides ni un instante
de estas palabras.

PACO. Ya sé.

ANSELMO. Jesús, obediencia y fé.
Esto es lo más importante.
Solo al pronunciar sus nombres
franco hallareis el camino,
discrecion y mucho tino.
Repíteselo á tus hombres.
vuelve á leer.

PACO. No es necesario;
que á memoria y voluntad
nadie me gana, en verdad.
Vereis despues del Rosario.

ANSELMO. Mucho en tí fío, lo juro,
que buenas pruebas tenemos.
Pero en lance tal, debemos
caminar sobre seguro.

PACO. Mandad, pues.

ANSELMO. En tanto avisas
á los jefes de tu mando,
yo iré á mi vez avisando
á otras personas precisas.
No olvides ningun detalle;
recuerda que esté la gente
á una señal diligente
para lanzarse á la calle.
A todos pasa revista,
y nada omitas, por Dios.

PACO. Si quereis, entre los dos
repasaremos la lista.

ESCENA VII.

DICHOS FRAY VALENTIN Y CORO DE SEÑORAS.

Música.

—

(Salen todas en tropel rodeando á Fray Valentín.)

CORO. Es el leguito
Fray Valentin.
Miradle, chicas,
miradle aquí.
La bien venida
démosle ya,
pues de golillas
á salvo está.

FRAY VAL. Gracias hermanas
por tal merced.
Vaya una nube,
cuánta mujer.
Entre este sexo,
no hay que dudar,
tengo un partido
fenomenal.

CORO. Lo que os pasó
contadnos, pues,
Fray Valentin,
si lo sabeis.

FRAY VAL. De suerte tal,
de tal horror,
no sé decir
quién fué el autor.

CORO. Pero sabreis
cuanto á ese fin
cerca de vos
se dijo allí.

FRAY VAL. Muy poco oí,

muy poco fué;
pero escuchad
y os lo diré.

—

De ese lance misterioso
yo de cierto nada sé:
mas segun dice un golilla
natural la muerte fué.
Y eso amigas no me extraña,
que en España, á no dudar,
el morir de un trabucazo
suele ser muy natural.

—

Fuéronse los criminales
y me prendieron á mí;
pero gracias á la suerte
libre al cabo estoy aquí.
A cualquiera se le ocurre
al mirar un lance tal,
que prender al inocente
es tambien muy natural.

CORO. A cualquiera se le ocurre, etc.

FRAY VAL. Secuestraron á la chica
no sé cómo, ni por qué,
la llevaron no sé dónde,
sin saber cuándo ni quién.
Pero activa la justicia
con un tacto sin igual
al momento ha averiguado
que... no sabe dónde está.
Y con este resultado
tienen ya la conviccion
de que al ver que no le encuentran
se presentará el ladron.
Estas cosas y otras cosas
y otras muchas cosas más,
todas son cosas de España

y esto es cosa natural.

CORO. Estas cosas y otras cosas
y otras muchas cosas más, etc.

Hablado.

—

UNAS. Sea, pues, enhorabuena,
OTRAS. Viva el lego!
TODAS. ¡Viva!
FRAY VAL. Hermanas,
obrais cual buenas cristianas!
UNA. Eso no vale la pena.
OTRA. Si viérais cuánto sentíamos
vuestra situacion...
OTRAS. Pues no!
FRAY VAL. Ay! no tanto como yo.
UNA. Como que ya no creíamos
veros por aquí.
OTRAS. Es verdad.
FRAY VAL. Yo tambien me llevé un susto
muy regular, como es justo,
al ver la inhumanidad
de la gente alguacilesca,
la cual en nada se atasca,
pues en dándole la basca
infeliz del que ella pesca.
Ayer tuve el sentimiento
de tenerla frente á frente,
y os confieso francamente
que no sentí gran contento;
pues al escuchar su voz
y al entrever su cariz
olor me dió en la naríz
de un desenlace feroz.
Y perdido hubiera estado
á no llegar en mi auxilio
el bendito Fray Basilio,
que es el que me ha libertado,

el cual con voz fervorosa
y una sublime elocuencia
patentizó mi inocencia
de una manera asombrosa.
¡Qué frases, qué alocuciones
para llegar á sus fines,
y qué sublimes latines,
qué ejemplos y qué razones!
En fin, de tal modo habló,
con voz tan clara y potente,
que la alguacilesca gente
al buen Padre interrumpió,
diciéndome en el momento
frases que oí con placer:
«Libre estais, podeis volver
Fray Valentin al convento.»
Lo que yo entonces sentia
apenas decirlo puedo,
pues ignoro si era miedo,
ó recelo ó alegría.
Solo hermanas os diré
que veloz salí de allí
y en el convento me ví,
cuando ménos lo pensé,
libre de tanta afliccion,
mucho más tranquilizado
y comiendo sosegado
un buen trozo de jamon.

UNA VIEJA. Vaya hermano, y á pensar
no volvais en ese lance.
(Ofreciéndole su caja de rapé.)

FRAY VAL. (Cogiendo un polvo.)
Dios os libre de un percance
tan horrible y singular.
¿Es del bueno?

UNA VIEJA. Ya lo creo,
filipino.

FRAY VAL. Siendo así...

OTRA. Dadme un abrazo.

OTRA. Otro á mí. (Le abrazan.)

FRAY VAL. Mucho estimo ese deseo.

UNA. Yo la mano á su mercé
quiero besar. (Cogiéndole la mano donde tiene el rapé.)

FRAY VAL. ¡Eh! levanta.

UNA. (Estornudando al besársela y tirándole el polvo.)
¡Achits!

FRAY VAL. Dios te haga una santa.
(Me ha dejado sin rapé.)

UNA. Os dejamos.

FRAY VAL. ¿Ya os marchais?

UNA. A misa me voy que es tarde.

FRAY VAL. Pues entonces, Dios os guarde,
hermanas, no la perdais.
Los domingos muy justo és
ir de la oracion en pos.
Marchad y pedidle á Dios
por vuestra alma.

TODAS. Hasta despues.
(Vánse todas.)

ESCENA VIII.

DICHOS ménos el CORO.

FRAY VAL. Pues señor, vamos á cuentas
Valentin. Segun acaban
de decirme nadie sabe
donde la Mendiga se halla;
por consiguiente, no puedo
los papeles entregarla
que al morir me dió su padre.
Esta cartera los guarda.
¿Qué será? Rabio por verlos
y saber de lo que tratan...
Pero no... la voluntad
de un difunto es muy sagrada...
y pudiera condenarme.

Pero, y si antes de encontrarla,
por una casualidad
á perdérseme llegaran.
La cosa es séria, muy séria,
y... ya siento con el alma
ser yo... ¡Calla! Se me ocurre
una idea soberana;
sí, señor. A D. Anselmo
que es tan bueno, y tiene un alma
tan hermosa, voy á dárselos,
y él hará, aunque la muchacha
no parezca... (Va á marcharse y se detiene.)
Pero, tate,
y si no le hallo en su casa,
¿dónde?... ¿Lo sabrá el tio Paco?
Vamos á verlo. *Deo gracias.* (Entra en la taberna á tiempo que Dieguillo sale á ella.)

DIEG. Adelante.

FRAY VAL. ¡Hola Dieguillo!
¿Y el tio Paco?

DIEG. Arriba se halla
con D. Anselmo.

FRAY VAL. ¿Con él?...
Más apropósito... (Sube por la escalera del principal. D. Anselmo le da la lista á Paco, que se la guarda.)

ANSELMO. Guarda
esa lista y no te olvides
esta noche de llevarla.

PACO. Gente sube.

ANSELMO. Ve quién es.

PACO. Sin duda algun camarada
que vendrá á recibir órdenes.

FRAY VAL. (Dentro.) *Deo gracias.*

LOS DOS. A Dios sean dadas.

ANSELMO. ¿Fray Valentin?

FRAY VAL. *Ego sum.*
Sabia que aquí os hallábais,

y como tengo que hablaros
de un asunto de importancia,
por eso he subido...

ANSELMO. Entiendo.
El padre Rufino os manda...
Podeis hablar.

FRAY VAL. No, señor.
Absolutamente nada
me ha dicho el padre Rufino
para vos. Yo soy quien trata
de pediros un favor,
y espero obtener la gracia
de que me escucheis.

ANSELMO. Hablad.

FRAY VAL. Lo diré en cuatro palabras.
No sé si sabreis que ayer
robaron á una muchacha,
á quien todos la Mendiga
del Manzanares llamaban.

ANSELMO. Algo creo haber oido...

PACO. (Sospechará...)

FRAY VAL. Pues la infamia
no se reduce á eso solo.

ANSELMO. ¿Pasó algo más?

FRAY VAL. Ahí es nada.
Si asesinaron tambien
á su padre...

ANSELMO. Horrible trama...

FRAY VAL. Justamente en ocasion
que yo por allí pasaba.

ANSELMO. ¿Y vísteis á los malvados?

FRAY VAL. Con ellos me dí de cara;
pero uno me asió del brazo,
y arrojándome á sus plantas,
díjome fosco: «Silencio,
ó hay de vos.» Creí llegada
mi hora postrera, y calléme
dejando que se marcharan.

PACO. Mas, ¿les conocísteis?
FRAY VAL. Nó.
PACO. (Respiro.)
FRAY VAL. Sentí en la casa
pedir socorro, y al punto
me dirijí á la morada
de la víctima, cuando ésta
en mis brazos se arrojaba
medio espirante.
ANSELMO. (¡Gran Dios!)
¿Y qué os dijo?
FRAY VAL. Estas palabras:
Busca á mi hija, y si la encuentras
entrégala sin tardanza
estos papeles...
ANSELMO. ¿Qué?
PACO. ¿Cómo?
FRAY VAL. Dió el pobrecito su alma
al Señor, y nada más.
ANSELMO. Pero esos papeles...
FRAY VAL. Se hallan
en mi poder... Vedlos...
ANSELMO. (Cogiendo los papeles.) Dadme;
yo procuraré encontrarla,
y se los daré.
FRAY VAL. Eso era
lo que yo, señor, ansiaba;
como lo bueno que sois
claramente se me alcanza,
y como yo no he podido
dar con su...
ANSELMO. Sí; basta, basta.
(Abre los papeles y los lée)
FRAY VAL. Por eso se me ocurrió
la idea...
PACO. (A Fray Valentin.) ¡Silencio!
FRAY VAL. Cáscaras,
y que voz más parecida

á la del otro de marras!

ANSELMO. (Guardando los papeles.)
(¡Ah ingrata mujer, con esto
yo humillaré tu arrogancia!)
Esperad aquí, pues tengo
que entregaros una carta
para que al padre Rufino
se la lleveis sin tardanza.
Oye, Paco. (A Paco, y los dos bajan.)

FRAY VAL. Está muy bien.
¡Uy! qué lúgubre es la sala...
Digo, y hay luz encendida,
cuando tiene una ventana
la habitacion... Hombre, esto
me hace poquísima gracia,
¿Pero á qué huele? ¡Oh, fortuna!
¡Una mesa preparada
con manjares!

ANSELMO. (Saliendo con Paco á la taberna.)
Ya lo sabes.
Discrecion y vigilancia,
y en tanto que doy la vuelta
tú no te muevas de casa.
(Váse D. Anselmo)

ESCENA IX.

FRAY VALENTIN en el principal, luego la MENDIGA. PACO en la taberna.

(Paco arregla las mesas, sillas y jarras.)

FRAY VAL. (Mirando la mesa.)
Aunque hace poco comí,
su aspecto es tan excelente...
¡Bah! Yo como aunque reviente.
Para qué lo han puesto aquí.
Digo, y que es malo el olor
que despide el estofado. (Se sienta y come.)
Canario, y qué bien guisado.
Es sabroso, sí, señor,

y fuera ofensa gravísima (Levantándose.)
no hacerle honor hasta el fin,
porque al cabo...

MEND. (Dentro.) Valentin.

FRAY VAL. (Asentándose.) ¡Ave María purísima!
Mi nombre sin duda alguna
dijeron.

MEND. (Dentro.) Abre. (Dando golpes á la puerta.)

FRAY VAL. ¿Que es esto?

MEND. (Dentro.) ¡Soy la Mendiga! Abre presto.

FRAY VAL. ¿La Mendiga? ¡Qué fortuna! (Corre á abrir la puerta.)
Pero como aquí se esconde!
Salid.

MEND. (Saliendo y apoyándose en Fray Valentin.)
¡Mi pecho se oprime!

FRAY VAL. ¿Estais mala?

MEND. (Haciendo un esfuerzo para sostenerse.)
Calla y dime.
¿Vive mi padre? ¡Responde!
A mis oidos llegó
un atentado inaudito
dicho por tí, y necesito
que me lo repitas.

FRAY VAL. ¿Yo?...

MÉND. Habla. No temas herir
mi corazon. Tendré calma
para todo; está ya el alma
tan avezada á sufrir!

FRAY VAL. ¡Pobrecita! ¿Mas por qué
á D. Anselmo no hablais
y su apoyo suplicais?

MEND. ¿A ese miserable?

FRAY VAL. ¿Eh?

MEND. ¿A ese infame?

FRAY VAL. ¿Cómo?

Sí.
El de mi hogar me arrancó,

él á mi padre mato.

FRAY VAL. Y yo, bruto, que le dí
los papeles que me habia
vuestro buen padre entregado.
Bonito desaguisado
se va á armar por culpa mia.

MEND. No importa, está en mi poder.
A mí le tengo sujeto,
pues desde allí su secreto
he escuchado con placer,
y esa, Valentin, será
mi venganza; solo ansío
que el rey me escuche, y confío
en que el rey me escuchará.
Partamos.

FRAY VAL. Inútil creo
vuestro afan.

MEND. ¿Por qué?

FRAX VAL. Olvidais
que presa por él estais?...

MEND. Es verdad. Vano deseo.
¡Mas permanecer aquí!...

FRAY VAL. Si pudiera entretener
al tabernero, y hacer
porque escapárais...

MEND. ¡Oh, sí!
Prueba, por Dios.

FRAY VAL. Bien quisiera,
pero ese tio es tan largo,
que me temo...

MEND. Sin èmbargo...

FRAY VAL. Esperadme en la escalera,
¡qué diablos! voy á intentar
engañarle, y os prevengo
que ó pierdo el nombre que tengo
ó conseguís escapar.
Pues si no hallo la ocasion
y me impacienta el malsin,

á fé de fray Valentin
que le doy un achuchon.

(Fray Valentin y la Mendiga desaparecen por la primera puerta izquierda del principal, y Paco sale á la taberna por la segunda izquierda.)

PACO. Las doce están al caer
y es preciso hacer que baje
fray Valentin, no se encaje
la gente y le vaya á ver.
(Dirigiéndose á la escalera.)
Pero sus pasos escucho.
Hombre, subia á llamaros.

FRAY VAL. Y yo bajaba á buscaros.

PACO. Sí?

FRAY VAL. Sí tal.

PACO. Me alegro mucho.
Qué quereis?

FRAY VAL. Como en subir
tardábais y... ya se vé
yo... (maldito si ahora sé
lo que le voy á decir.)
Con apetito me hallaba,
y como precisamente
tenia frente por frente
lo que ansioso codiciaba,
resistir no me fué dado
á tan feroz apetito,
y me comí yo solito
el jamon y el estofado.
Guisos los dos, no exajero,
hechos á la perfeccion.

PACO. Sí?

FRAY VAL. Sobre todo el jamon.
Oh! teneis un cocinero
de lo mejor que imagino.
Pero por suerte fatal
olvidásteis lo esencial
en el banquete.

PACO. Ya, el vino.

FRAY VAL. Precisamente.

PACO. Por eso,
qué diablos, no os disgusteis
porque vino bebereis
hasta saciaros.

FRAY VAL. Confieso
mi debilidad. Quisiera...

PACO. (Dándole un jarro.)
Tomad.

FRAY VAL. ¿Del jarro me dais?
Hombre, ¿por quién me tomais?
Ved que no soy un cualquiera.
Que mi gaznate es muy fino,
y á fuer de cristiano viejo
me gusta mucho lo añejo.

PACO. Os daré entonces del vino
que tengo en la cueva.

FRAY VAL. Justo.

PACO. Muchacho, Diego. Esperadme
sino, yo mismo... Alumbradme
desde aquí.

FRAY VAL. Con mucho gusto.
No os pegueis un coscorron.
Bajad despacio. Con calma.
(¡Ay, si se rompiera el alma!)
Pronto, salid... ¡No!

DIEGO. (Saliendo.) Patron.

FRAY VAL. (¡Qué oportuno!)

DIEGO. ¿Me llamábais?

FRAY VAL. ¡Menudas voces ha dado!
A la bodega ha bajado
viendo que no contestábais,
y allí impaciente os espera.
Tomad y alumbradle vos.
¡Ajajá! ya están los dos
por fin en la ratonera.
(Cerrando la trampa y bailando encima.)
Escapaos presurosa

pues nadie os impide el paso,
(La Mendiga sale de la taberna y váse por el foro izquierda.)
que yo tambien por si acaso
pondré piés en polvorosa;
pues si me pescan, *malorum*
per costillorum conquibus;
libertarum pellejibus,
corribis pantorrillorum.
(Se remanga los hábitos y echa á correr.)

ESCENA X.

PACO Y DIEGO por la cueva, enseguida cuatro embozados y despues Don Anselmo. Música piano en la orquesta.

PACO. ¡Por vida del diablo, abrid!
(Paco y Diego, que han abierto la trampa. suben de la cueva.)
Pero ¿qué idea os ha dado
de cerrar?... ¿Eh? ¿Se ha marchado?

EMBOZADO. (Entrando en la taberna.)
¡Buenas tardes!

PACO. ¡Ah! subid...
(Paco y los embozados suben al principal. D. Anselmo sale por el foro.)

Música.

CORO. (Dentro.) ¡La mendiga! ¡La mendiga!
Qué alegría, qué placer.
Ya por fin... hoy con nosotros
la tenemos otra vez.

PACO. ¡La mendiga!
(Corre á la puerta segunda izquierda y la abre.)

ANSELMO. ¡La mendiga! (Subiendo al foro izquierda.)

PACO. ¡No está aquí, condenacion!

ANSELMO. ¡Es la misma, sí, no hay duda!

PACO. ¡Ese lego la salvó!

ANSELMO. ¡Todo el pueblo la rodea!

PACO. ¡Soy perdido, vive Dios!
(Don Anselmo se oculta en la taberna.)

ESCENA XI.

DICHOS, LA MENDIGA y coro general.

MEND. Amigos mios
ya estoy aquí;
seguidme todos,
venid, venid.

CORO. Ya veros no creimos,
ya oiros no pensamos;
si mucho lo sentimos
hoy más lo celebramos.
Por esta bien venida
echad una cancion,
que á vuestra voz querida
se alegra el corazon.

MEND. Gracias mil, amigos mios;
atencion, voy á cantar.
(Quiera Dios mi acento logre
esos muros traspasar.)

CORO. Va á cantar, mucho silencio.

ANSELMO. Desde aquí escuchar podré.
Qué intencion será la suya.
Va á cantar; oígamos, pues.

MEND. Oye, pueblo querido,
mi pobre acento;
no olvides mis cantares
ni mis consejos.
Oye la voz
que se exhala del fondo
del corazon.
(Todo el mundo forma corro á la derecha, y la mendiga queda en el centro.)

I.

MEND. Nobles hijos de Castilla,
pátria ilustre del valor,
que gozais en dulce calma
de ventura y explendor,

la ambicion entre la sombra
con satánica maldad
quiere, infame, arrebataros
vuestra santa libertad.

CORO. Nobles hijos de Castilla, etc.

(Don Anselmo, concluida la primera estrofa, desaparece.)

II.

MEND. En su alcázar poderoso
mora Cárlos, el gran rey,
de extranjeros envidiado
y querido por su grey.
Al pié de su régio trono
dormitando está el leon;
cuida, ¡oh rey! que una serpiente
no le clave su aguijon.

CORO. Seguid, nada os detenga,
seguid vuestra cancion,
pues todcs al oiros
pensamos como vos.

TODOS. Nobles hijos, etc.

ESCENA XII.

DICHOS, DON ANSELMO y ALGUACILES.

ANSELMO. Prended á esa mendiga
en nombre de la ley.

MEND. ¿Prenderme á mí?

CORO. Prenderla!

ANSELMO. Sí tal.

MEND. ¿A mí? ¿Por qué?

ANSELMO. Los ánimos del pueblo
exacerbando está,
y debe en un encierro
su crímen espiar.

MEND. ¡Mi crímen, cielo santo!
¡Horrible acusacion!
El cielo me abandona,

me niega su favor.

AESELMO. Sin dilacion llevadla.
MEND. Jamás.
ANS. Y ALGS. Venid.
MEND. La muerte es preferible.
CORO. ¡No, no!
ANS. Y ALGS. ¡Sí, sí!
CORO. De nuestras manos nadie.
la arrancará.
ANSELMO. A la prision al punto.
CORO. ¡Jamás, jamás!
ANSELMO. Favor á la justicia.
Cumplid la ley.

ESCENA XIII.

DICHOS, el CONDE y Guardias.

CONDE. (Apareciendo en el foro. Todos se retiran.)
Dejad á esa mendiga,
lo manda el rey.
ANSELMO. ¡Aranda!
CORO. ¡El conde!
MEND. (¡Cielos!)
CONDE. Del rey la voluntad
ordena que á palacio
me siga sin tardar.

TODOS.

MEND. Es un sueño sin duda, Dios mio,
lo que viendo mis ojos están.
Mi estudiante es el conde de Aranda;
imposible mi dicha alcanzar.
¡Pobre amor en el pecho nacido,
cuán fugaz tu existencia pasó;
ya desde hoy tus latidos acalla,
sufre, pues, infeliz corazon!
CONDE. Ese infame pretende perderla,
quiere á prueba poner su virtud;
creo ver en el fondo de su alma

de otro crímen un rayo de luz.
Pobre niña, qué amarga es su pena,
cómo el llanto su faz marchitó.
Yo sabré defender su inocencia
y librarla del mónstruo feroz.

ANSELMO, PACO Y EMBOZADOS.

Otra vez, noble conde, á mi paso
te apareces con saña cruel.
Si otra vez mi ventura arrebatas,
yo vengarme muy pronto sabré.
Por tu orgullo infernal padecemos,
nuestra causa por tí vaciló,
pero duerme tranquilo esta noche
que mañana tu orgullo acabó.

CORO. Quiera el cielo que alcance la pobre
ver colmada su dicha por fin.
Entre tanto de aquí no nos vamos
hasta verla de nuevo salir.
A palacio la llevan, no hay duda,
pues el conde á buscarla salió.
Como el rey sus cantares escuche
de la ley libertarse logró.

(Todos se dirigen al foro y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

Interior del meson del Duende. Casa blanca. Una puerta á la izquierda y otra á la derecha. En primer término izquierda una mesa y junto á ella una silla.

ESCENA PRIMERA.

La MENDIGA, MARICUELA y el POSADERO, que viene guiándolas con un velon encendido.

POSADERO. Pasad; en este aposento
podreis descansar en tanto
que habitacion se dispone
para las dos.

MARIC. Bien pensado.

(La mendiga se sienta al lado de la mesa como abstraida. El posadero deja el velon.)

POSADERO. ¿Querreis camas?

MARIC. Por supuesto;
si no intentais que durmamos
en el suelo.

POSADERO. Dios me libre.
No se hizo para cristianos
cama tan dura, ni ménos
para mozas de ese garbo
y esa cara. (Por la Mendiga.)

MARIC. Se agradece,

si algo me toca.

POSADERO. ¡Canastos!
El vino, cuanto puro,
es tanto más apreciado;
y á mí me gusta lo bueno,
y lo que bebo lo pago.

MARIC. Pues, amiguito, á otra puerta;
que aquí ni tinto ni blanco
se despacha; ¿habeis oido?

POSADERO. Si, á fé, y si pude faltaros,
dispénseme su *usiria*.

MARIC. Por mi parte, dispensado;
que aunque no soy *roma*, tengo
licencia del padre santo.

POSADERO. Cierro el pico. (El Posadero va á marcharse y Maricuela le detiene.)

MARIC. Una palabra:
¿No teneis aquí hospedado
á un sugeto?... Un estudiante...

POSADERO. ¿Uno solo? ¡Tengo tantos!

MARIC. Se llama Antonio el que busco.

POSADERO. ¿Antonio, decís? Ya caigo.
¿Es un cursante de leyes?
Guapo chico... es decir... guapo...
El no tiene una peseta,
pero tan formal...

MARIC. Llamadlo.

POSADERO. Pero es el caso que ahora
no está en casa.

MARIC. En ese caso...

POSADERO. No ha de tardar, segun pienso,
si sabe le está esperando
su... Es decir... El acostumbra
á retirarse temprano
si no hay por Madrid jarana,
ó serenata, ó escándalo,
y en cuanto llegue, yo mismo
le diré...

MARIC. Bien, retiraos.

POSADERO. (¡No hay duda, gato tenemos!)
¡Si algo ocurre, poco tardo! (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

DICHAS, ménos el POSADERO.

MARIC. Qué importuno es el tal hombre.
Como nos ve solas... ¡Claro!...
(Acercándose á la Mendiga.)
se figura... Y á propósito,
¿no habeis, como yo, notado
en esa calle dos hombres
que, al parecer, nuestros pasos
iban siguiendo? Yo al verlos,
de miedo estaba temblando,
y no os dije... ¿Qué os sucede?

MEND. ¡Ay, María!

MARIC. Tened ánimo.

MEND. No, no hay consuelo en el mundo
para mí.

MARIC. ¿Qué estais hablando?
¿No ha de haberle? Con el tiempo
todo cede al fin y al cabo.
Yo tambien, por mi desgracia,
creí mi fin muy cercano
al ver morir á mi Lúcas,
que era un bienaventurado,
y ya veis, hasta el presente,
Dios no me niega su amparo.

MEND. Tus consuelos agradezco,
Maricuela, aunque son vanos.

MARIC. Desahogad en mí las penas,
que si no hay remedio humano,
llorando á un tiempo las dos
á ménos penas tocamos.
¡Hablad, pues!

MEND. Dios no ha querido
que cesara mi quebranto
con la muerte, permitiendo
me librase por milagro
Fray Valentin.

MARIC. ¿El leguito?

MEND. Sí, por desgracia.

MARIC. Explicaos.

MEND. Loca y ciega de venganza,
concebí el proyecto extraño
de pedir favor al rey
contra esos viles... Dios santo!...
Otra vez junto á mí veo
á mi opresor que, auxiliado
por la justicia, á la cárcel
quiere llevarme inhumano.
Mis lágrimas son inútiles,
ruega el pueblo y ruge airado,
cuando un noble caballero
que salia de Palacio,
imponiéndose á la ronda,
me liberta de sus manos.
¿Y sabes tú, Maricuela,
quién era aquel potentado?
El conde de Aranda.

MARIC. ¿El conde?

MEND. ¡Mi estudiante!

MARIC. ¡Cielo santo!...

MEND. ¿Comprendes ya las desdichas
que me devoran?

MARIC. ¡No salgo
de mi asombro! ¡Quién diria!...
¡Tan fino y enamorado!...
Continuad; una vez ya
libre de aquellos malvados,
¿Qué os pasó?

MEND. Seguí del conde
maquinalmente los pasos,

y sir ver por dónde ó cómo
me encontré en el régio estrado.
Postréme ante el rey de hinojos,
regué sus piés con mi llanto,
y el monarca, enternecido
por mi dolor, y magnánimo,
encargó al conde que fuese
de mi orfandad el amparo.
Y aquí tienes, Maricuela,
á esta infeliz, esperando
tan solo encontrar la vida
en quien la muerte le ha dado.

MARIC. ¿Entonces á qué obedece
esta visita?

MEND. A un mandato
del conde. Mas no preguntes,
porque es un secreto.

MARIC. Callo;
y si quereis, voy adentro
á meter prisa á ese záfio
de posadero, y buscar
algo de comer de paso,
que estais muy necesitada,
y os hace falta reparo.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA III.

LA MENDIGA.

Música.

—

¿Por qué si en mi camino
sembrado de dolores
la flor de mis amores
amante ayer cogí,
hoy quiere mi destino,
acaso por mi daño,
que el frio desengaño

la arranque, ¡ay Dios! de mí?
Si al fin la ruda muerte
al desengaño unida
mi dicha más querida
consigo se llevó,
¿por qué quiere la suerte
que sufra tal tormento,
si al dulce sentimiento
mi pecho se cerró?

—

Padre del alma mia
oye mi voz,
y desde el cielo mira
mi situacion.
Sálvame por favor!
Ten de mí compasion!

—

Fuerzas á tu hija presta
para sufrir!
No me abandones padre,
ruega por mí!

Concluida la romanza, Elvira, sollozando, cae en la silla colocada al lado de la mesa, y se cubre la cabeza con las manos. Pequeña pausa. D. Anselmo se presenta en la puerta de la derecha, y despues de recorrer la escena con la mirada, se fija en la Mendiga.

ESCENA IV.

LA MENDIGA, DON ANSELMO.

Hablado.

—

ANSELMO. Es ella!... No me han mentido!
Y duerme! Me ahoga el placer!
Ya otra vez á mi poder
el infierno te ha traido!
Qué vacilo! A mi pesar
siento que por su hermosura
mi pecho el amor tortura,

y ahora necesito odiar.
(Recorre la escena con la mirada.)
Nadie! Tranquila reposa!
Selle su lábio indiscreto
y ocúltese mi secreto
con ella en la misma fosa.
Su exterminio necesito!
No hay más medio que matar,
que si el fin llego á lograr
mi crímen no es un delito!
Ella ó yo! Resolucion!
(Da un paso y se detiene.)
Aún dudas alma mezquina!
¿De qué modo se asesina
que no tiemble el corazon?

Va á adelantarse D. Anselmo, y al oir á la Mendiga se detiene. Esta se levanta, y al verle retrocede espantada, hasta colocarse detrás de la mesa. Don Anselmo adelanta un paso.

MEND. Ay de mí!
ANSELMO. Qué?
MEND. Dios eterno!
ANSELMO. Muere!

La Mendiga en este momento apaga la luz y retrocede buscando la puerta de la izquierda. D. Anselmo sube por el centro.

Pretendes librarte,
infeliz! Yo sabré hallarte
aunque te oculte el infierno.

MEND. ¡Favor!
ANSELMO. No le hay para tí.
MEND. ¡Socorro!
ANSELMO. Tarde vendrá.
¡Maldicion! (Viendo que traen luz se dirige á la derecha.)
MARIC. (Saliendo por la izquierda con un velon encendido.)
¿Qué ocurre?
(Al dirigirse Don Anselmo á la puerta de la derecha se presenta en ésta el conde de Aranda, embozado. Don Anselmo queda petrificado. La Mendiga

y Maricuela se quedan asombradas.)

TODOS. ¡Ah!

CONDE. (Desembozándose con calma, dice á D. Anselmo despues de una pequeña pausa.)
Celebro hallaros aquí.

ESCENA V.

DICHOS, EL CONDE y MARICUELA.

ANSELMO. ¡Aranda!

MARIC. ¡El conde!
(Dejando el velon sobre la mesa.)

MEND. ¿Aquí vos?
Dios le trajo.

CONDE. Retiraos
un momento. (La Mendiga y Maricuela vánse por la puerta izquierda acompañados del conde; Don Anselmo quiere marcharse por la derecha, y Aranda le detiene.)
Vos quedaos;
tenemos que hablar los dos.

ESCENA VI.

EL CONDE y DON ANSELMO.

ANSELMO. (Si escuchó... Calma.)

CONDE. Pardiez,
que no esperaba en verdad
la feliz casualidad
de vernos segunda vez,
é ignoro si es el destino,
el demonio, ó quizás Dios,
quien pone siempre á los dos
frente á frente en su camino.
¿A qué debo esta fortuna
á tal hora y en tal punto?
Sin duda algun grave asunto...

ANSELMO. Muy grave, sin duda alguna;
pues el hombre que piedad

y alma cristiana atesora,
no repara en sitio y hora
para hacer la caridad.

CONDE. ¡Caridad! Angel hermoso
de los cielos descendido,
consuelo del afligido,
faro del menesteroso.
¡Caridad! Lazo fecundo
de la pobre humanidad;
¡con cuánta facilidad
te falsifica este mundo!
No permitas, angel santo,
se cobije por tu mal
la hipocresía infernal
en los pliegues de tu manto.
Impide con noble ejemplo,
que á tu sagrado se acoja,
y como Jesús, arroja
á los judíos del Templo.

ANSELMO. Callad; el diablo os provoca
contra mí, dijísteis bien;
y el diablo es sin duda quien
blasfema por vuestra boca.
¿Ni lo más noble y sagrado
vuestra soberbia respeta?

CONDE. Quiero arrancar la careta
al crímen enmascarado.
Mi conciencia me lo manda,
y juro no descansar
hasta poderlo lograr
ó morir en la demanda.

ANSELMO. ¿Sospechais de alguno acaso?

CONDE. Mucho más, ya lo vereis.

ANSELMO. Cuidado, conde, no deis
sin pruebas algun mal paso.

CONDE. ¿Pruebas quereis?

ANSELMO. Pruebas, sí,
que evidencien el delito.

CONDE. Las pruebas que necesito
están muy cerca de mí.

ANSELMO. ¡Cómo! (Si llegó á saber
que estos papeles...)

CONDE. ¿Qué os pasa?

ANSELMO. (Aun más seguros que en casa
los llevo aquí en mi poder.)

CONDE. ¿A qué viene ese temor?
conoceis al delincuente?

ANSELMO. Tiemblo por el inocente
y aborrezco al opresor.

CONDE. ¡Inocente! Así se nombra
al infame que escudado
con un intento sagrado
hiere á mansalva en la sombra?

ANSELMO. ¿Qué decís? ¡Tamaña ofensa!
¡Inocente el que inhumano
asesina á un pobre anciano
y á una doncella indefensa!
¡Si los que obran de tal suerte
son inocentes, pàrdiez,
venga Herodes otra vez
y vuelva á darles la muerte!

ANSELMO. ¡Miserable! ¿sois capaz
de imputarme tal fasía?

CONDE. Cualquiera lo juraria
al ver vuestra torba faz.
Mas pronto saldré de duda,
y hasta entonces...

ANSELMO. ¡Ay de vos!
veremos quién de los dos
tiene más poder y ayuda.
Dios que nos vé desde el cielo
puede en un momento hacer
que venga vuestro poder
hecho pedazos al suelo.
Será vuestro orgullo vano;
él me auxilia.

CONDE. ¡Al cielo invoca!
Siempre ese nombre en la boca
y el puñal siempre en la mano.

ANSELMO. ¡Impío, por tus pecados
teme de Dios la inclemencia!

CONDE. Tranquila está mi conciencia,
que la teman los malvados.

ANSELMO. Ya no hay tregua entre los dos.

CONDE. Confío en mi buena suerte.

ANSELMO. ¡Guerra á muerte!

CONDE. ¡Guerra á muerte!

ANSELMO. ¡Hay de vos, conde!

CONDE. ¡Hay de vos!
(Váse Don Anselmo.)

ESCENA VII.

EL CONDE, en seguida LA MENDIGA.

CONDE. Corre insensato si vas
á disponer la venganza
con que batallando estás.
Corre, que en breve sabrás
lo que mi poder alcanza.
(Se dirige á la puerta de la izquierda, y sale la Mendiga.)
Podeis salir, ya se fué
quien vuestro espanto causó.

MEND. Sabíais...

CONDE. No sé por qué
su intencion adiviné,
y ella mis pasos guió.
Mas pronto el tupido velo
que oculta su idea ruin
querrá descorrer el cielo,
y nosotros nuestro anhelo
conseguiremos al fin.

MEND. Escuche Dios vuestro afan
y mi ferviente dolor.

CONDE. Oh, sí; en mis redes caerán,

pues su apoyo á darme van
mi patriotismo y mi amor.

MEND. Amor! Ilusion querida
que brotó en mi pensamiento,
y hoy se ve desvanecida,
cual flor apenas nacida
deshojada por el viento.
Fugaz su existencia fué
cuando eterna la creí.
Yo en mi pecho la encerré,
y ella, en premio de mi fé,
mi pecho destroza así.
Por qué, si la suerte evita
que realice una ilusion,
no acalla mi amante cuita?
Por qué, si el amor me quita,
no me quita el corazon?
Cómo, pues, alimentar
sueño tal con tanta calma?
Cómo en la dicha pensar,
cuando es preciso ocultar
su pasion dentro del alma,
y vivir, viendo morir
sus esperanzas mejores,
si es vivir, llorar, sufrir,
y entre pesares vivir
y vivir entre dolores!

CONDE. Elvira, no alimenteis
esa idea que me espanta,
ni de mi pasion dudeis;
os amo, y mia sereis
ante el ara sacrosanta.

ESCENA VIII.

Dichos, MARICUELA, luego ANTONIO.

MARIC. Ahí están los estudiantes
y Antonio con ellos.

CONDE. Bueno.

MARIC. Yo por la reja le he dicho
que necesitábais verlo,
y va á entrar.

CONDE. Has hecho bien;
con eso ganamos tiempo.

MARIC. Miradle ahí.

ANTONIO. (Entrando.) Señor Conde,
honra inmerecida os debo
cuando á buscarme venís
hasta mi humilde aposento.
Teneis que mandarme?

CONDE. Sí.
A tí y á tus compañeros
os necesito esta noche
y con vuestra ayuda cuento.

ANTONIO. Disponed á vuestro antojo
de lo poco que valemos.

CONDE. Gracias Antonio. Se trata
de hacer un favor inmenso
á la patria.

ANTONIO. Ya lo he dicho,
mandad y obedeceremos.

CONDE. No te moverás de aquí
hasta recibir un pliego,
por el que sucintamente
sabrás todo lo que quiero.
Despues... discrecion y tino.

ANTONIO. No es preciso encargar eso;
id descuidado. (Se oye tocar al rosario.)

CONDE. Al rosario
están tocando. Marchemos
Elvira.

MEND. Vamos.

CONDE. (Dando á Antonio un bolsillo con dinero.)
Regala...
en tu nombre este dinero
á los tuyos, y no olvides

el detalle más pequeño.
(Vánse el Conde y la Mendiga. Al pasar Maricuela y oir á Antonio se detiene en la puerta.)

ANTONIO. Vivan las hembras de garbo!

MARIC. Jesús, qué fino está el tiempo.
(Váse Maricuela.)

ANTONIO. Eh! Mesonero del diablo,
duende ó brujo, venid presto.

POSADERO. (Saliendo.) Qué se ofrece?

ANTONIO. Haced que al punto
para mí y mis compañeros
se arregle una buena cena.

POSADERO. Quién lo paga?

ANTONIO. Ahí va el dinero.
(Le tira sobre la mesa el bolsillo que recoge el posadero.)

POSADERO. Siendo así, perfectamente.
Buenas ollas hay al fuego.
(Váse el posadero.)

ANTONIO. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)
Eh! Canalla estudiantil,
á ver, todo el mundo adentro.

ESCENA IX.

DICHO, ESTUDIANTES y luego EL POSADERO.

UNOS. Qué sucede, amigo Antonio?

OTROS. Qué pasa?

ANTONIO. (Con misterio.) Mucho silencio!
Puedo contar con vosotros
como hasta aquí?

TODOS. Por supuesto.

ANTONIO. Pues escuchadme. Se trata
de un tremebundo secreto,
que puede cambiar la faz
de la Europa en un momento.
Nuestro enemigo...
(Todos se acercan á él con sumo interés.)
es el hambre.

Las ollas están al fuego,
desenvainad las cucharas,
y al asalto, compañeros!

POSADERO (Saliendo.) La cena está pronta.

TODOS. Viva!

ANTONIO. A cenar!

TODOS. A cenar presto (Vánse todos.)

CUADRO SEGUNDO.

Calle. Al fondo, y ocupando dos partes del teatro, la fachada principal del convento del Noviciado con la puerta principal en el centro, á la que se sube por anchas escalinatas. A la derecha, al fondo, una callejuela, á la que da la otra fachada del convento, con una puertecilla en primer término. Es de noche, la luna ilumina la fachada que dá á la callejuela.

ESCENA X.

Gente del pueblo é indivíduos de la procesion. A la mutacion el rosario figura estar acabando de entrar en la iglesia. A la izquierda el pueblo de rodillas. Dentro de la iglesia se oye el órgano.

Música.

CORO.
Señor, padre divino,
Dios de bondad,
enséñame el camino
de la verdad.
A tí llegue doliente
mi devocion;
concédeme clemente
tu bendicion.
(Concluido el rosario ciérranse las puertas de la iglesia, y el pueblo se retira por diversos lados, ménos unos cuantos embozados que entrarán en el convento por la puerta de la callejuela, despues de haberse dicho estas palabras.)

Hablado.

UN EMBOZ. (A Paco.)
¿No hay contraórden?

PACO. Ninguna.

EMBOZADO. Pues no perdamos momento
y entremos en el convento,

PACO. ¡Discrecion!

EMBOZADO. Buena fortuna.

(Entranse en el convento)

ESCENA XI.

FRAY VALENTIN.

En tanto que los conjurados desaparecen, sale Valentin con sombrero y embozado en una capa, y dice mirando atrás:

FRAY VAL. No me siguen. Pues señor,
al verme tan recatado,
de fijo me habrán tomado
por algun conspirador.
pues no, señor, no hay tal cosa;
soy un lego simplemente
que se oculta de la gente
de esta manera ingeniosa.
Y si al mirar mi apostura
se asusta alguno, es muy justo,
porque yo mismo me asusto
de mi extraña catadura.
Pero lo raro del cuento
es que ignoro á qué he venido,
y quién aquí me ha traido,
y lo que aquí represento.
Solo sé que al salir yo
del convento hace un instante,
un hombre de mal talante
en el hombro me tocó,
y me dijo: «Es necesario,
si evitar un mal quereis,
que en el Noviciado esteis
cuando concluya el Rosario.
Ir oculto os interesa,
que es del todo conveniente,

no os reconozca la gente
y se malogre la empresa;»
y esto dicho, me entregó
su capote, su sombrero,
me vistió de caballero,
saludóme y se marchó.
Y héte aquí á Fray embozado
hecho un maton de primera,
sin saber á quién espera
ni por quién es esperado.
Pero aunque soy una malva
con este traje, al mirarme,
dispuesto estoy á pegarme
con el lucero del alba.

ESCENA XII.

DICHO, EL CONDE, la MENDIGA y MARICUELA por la derecha.

CONDE. Ya no hay duda; allí han entrado
y el templo cerró sus puertas.
Las noticias eran ciertas,
no os habíais engañado.
Mas Valentin no ha venido...

MARIC. Allí hay un bulto.

CONDE. El será.

MARIC. Fray Valentin.

FRAY VAL. ¿Quién va allá?

(En este momento un oficial sale por la derecha y se dirige á hablar al conde, que ha subido al fondo con la Mendiga. En seguida aquel desaparece.)

MARIC. Yo, Maricuela.

FRAY VAL. ¿Qué he oido?
(¡Sin mí no puede pasar!)

MARIC. ¿Hermano, qué facha es esa?
Decid.

FRAY VAL. Es una promesa
á mi santo tutelar.

MARIC. Y no temeis que al saber
vuestro impío fingimiento
os arrojen del convento
los padres?

FRAY VAL. Bien puede ser.
Mas del susto me consuelo
con la plácida esperanza
de que al perder la pitanza
encontraré en vos el cielo.

MARIC. Galanteos trasnochados.

FRAY VAL. Os lo juro muy sumiso.

MARIC. Para ir al cielo es preciso
purgar antes los pecados.

FRAY VAL. ¿Y os parece floja pena
y pequeño purgatorio
renunciar al refectorio
por llevar vuestra cadena?
Lejos de humanas pasiones,
¡qué delicia, qué ventura!
disfrutan en su clausura
aquellos santos varones.
Dulce calma que convida
á servir y amar á Dios.
¡Ay, allí á no ser por vos
pasara alegre la vida!
Siempre mano sobre mano,
dejando el tiempo correr,
sin temor ni padecer,
tan fresquito en el verano,
tan calentito en Enero,
tan templado en primavera.
¡Y guisa de una manera
el hermano cocinero!
De seguro Dios no quiso
complementar los placeres,
pues si allí hubiera mujeres,
para qué más Paraiso!

MARIC. Si eso os causa tal tormento,

idos benditos de Dios.

FRAY VAL. ¡Ay! si fuéramos los dos
frailes de un mismo convento.

CONDE. (*Bajando á donde está Fray Valentin.*)
¡Silencio!

FRAY VAL. El conde. ¡Oh, placer!

CONDE. (*Mirando hácia la derecha.*)
Ya se acercan.

FRAY VAL. ¿Quién?

CONDE. Callad.

FRAY VAL. Callo.

CONDE. Este pliego tomad
Fray Valentin.

FRAY VAL. ¿Qué he de hacer?

CONDE. Corred al meson del Duende.
Allí está Antonio; llamadle
y este papel entregadle
sin falta. Ved que depende
de vuestra ciega odediencia
nuestra mútua salvacion.

FRAY VAL. Cumpliré mi comision
con valor y diligencia;
que aunque al parecer no valgo
para maldita la cosa,
cuando la ocasion acosa
suelo correr más que un galgo.
(*Váse por la izquierda.*)

CONDE. Y vosotras al momento
id á esperarme á palacio.

MEND. ¿Tardareis?

CONDE. Muy costo espacio,
descuidad.

MEND. No sé qué siento.
Si por mi causa, ¡ah señor!
una desgracia os pasara
jamás me lo perdonara.

CONDE. Sosegaos por favor,
pues no hay tiempo que perder.

Partid Elvira sin miedo,
que yo defendido quedo
por mi amor y mi deber.
(Váse el conde por la derecha.)

ESCENA XIII.

LA MENDIGA, MARICUELA, luego el CONDE y soldados, embozados por la derecha arriba.

MEND. ¡Dios os oiga!
MARIC. De seguro,
pues no faltaria más.
Ahora marchemos.
MEND. Jamás.
Cuando un gravísimo apuro
se expone á correr por mí,
que he de abandonarle infieres?
No, Maricuela, no esperes
que huya cobarde de aquí.
MARIC. ¿Pero quién os asegura
su apurada situacion?
MEND. Me lo dice el corazon,
y mi propia desventura.
Qué esperanza puede haber
para esta infeliz!
(La música empieza á tocar muy piano. Maricuela sube un poco al foro derecha.
MARIC. Callad!
Por esa calle... Mirad
embozados creo ver...
MEND. Tienes razon!
MARIC. Pues á un lado.
(El conde y los soldados embozados atraviesan la escena, llegan á la puertecilla del convento, llaman, les abren y entran. La Mendiga y Maricuela, ocultas detrás del primer bastidor de la derecha observan.)
MEND. Más conjurados Dios mio!
Solo en tu bondad confio!
(Voces y gritos lejanos.)

MARIC. Anda, anda, la que se ha armado!
¿No escuchais? Tiemblo de miedo!
(Los gritos y murmullos se escuchan ya más cercanos.)
Motin tenemos, no hay duda!
Y aquí vienen! Dios me acuda!
Huyamos!

MEND. No, yo me quedo.
(Ambas quedan en el primer bastidor derecha.)

ESCENA XIV.

DICHAS, FRAY VALENTIN con el manteo terciado; en seguida ANTONIO, estudiantes y pueblo con hachones encendidos y palos.

FRAY. VAL. (Que sale corriendo por la izquierda.)
Menudo cisco moví
con el pliego que llevé;
á todos los sublevé,
á todos, ménos á mí;
que por temor á un encuentro
que me pueda disgustar,
me voy á brujulear
lo que sucede allá dentro.
(Váse por la puerta falsa del convento. Antonio y el pueblo salen por la izquierda dando gritos.)

ANTONIO. No hay que perder un momento,
muchachos: fuera temores
y mueran hoy los traidores!
Al convento!

TODOS. Sí, al convento!
Todos blandiendo los palos, las espadas y los hachones, se dirigen á las escalinatas del convento. Las puertas de éste se abren de pronto, y aparece el Conde de Aranda, y detrás de él dos religiosos. Todos retroceden un paso. Elvira sale del primer bastidor de la derecha y va al lado del Conde, que permanece en la puerta del convento. La orquesta rompe en un fuerte.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, EL CONDE DE ARANDA y dos religiosos. Luego DON ANSELMO, FRAY VALENTIN, PACO y conjurados conducidos por los soldados por la puertecilla.

CANTO.

CONDE. Deteneos!
CORO. (Retrocediendo un poco.) Aranda!
MEND. Dios le inspira!
CORO. Mueran los conjurados!
TODOS. Sí, sí!
(Todos van á subir las escalinatas. El Conde da un paso y dice con energía:)
CONDE. Atrás!
En la casa de Dios no se conspira.
A Dios se eleva la oracion no más.
(Dentro del convento se oyen los ecos del órgano. Todos caen de rodillas. El Conde al lado de la Mendiga al pié de la escalinata con Maricuela. El coro repite el coro del rosario, durante el cual, y muy despacio, por la puertecilla de la derecha se ve á Paco y á los conjurados, á quienes sacan presos los soldados. La luna alumbrará la calle por donde van los presos. El pueblo no debe verlos.)
(Concluido el coro todos se levantan.)

Hablado.

—

MARIC. (Se los llevan, no está mal!)
MEND. (Al Conde.) Ah, señor, habeis logrado!...
CONDE. (Su destierro. Ya firmado
traia el decreto real!
Y pues las iras del rey
provocan, sufran su sino.
Para el cobarde asesino
todo el rigor de la ley.
(Señalando á D. Anselmo, á quien los soldados sacan atado codo con codo. Detrás sale Fray Valentin.)
FRAY VAL. (Empujando á D. Anselmo.)
Anda delante, y chiton,

que no sirve el alboroto.

(D. Anselmo se vuelve y le amenaza con la mirada. Fray Valentin le vuelve á empujar y los soldados se le llevan.)

Hombre, si no le acogoto
no es por falta de intencion.

(Fray Valentin baja al proscenio.)

CONDE. Y ahora vos, tomad Elvira
vuestra fortuna. Esta es.
Vuestro padre era el marqués...

MEND. ¿Cómo?

CONDE. Sí, el marqués de Alcira.

(El conde la entrega una cartera.)

FRAY VAL. Gracias á mí, que llegué
cuando iba á echarlos al fuego,
y por el coraje ciego
sobre el traidor me arrojé.
Le sujeté por los brazos,
rodamos no sé hasta dónde,
y á no intervenir el conde!...
de fijo... me hace pedazos!

CONDE. Partamos, Elvira hermosa;
quiero, acatando la ley,
presentaros hoy al rey
y pedíros por esposa.
Y vosotros sed testigos
de nuestra dicha sin par.
Yo sabré recompensar
á mis leales amigos.

Música.

—

MEND. (Dirigiéndose al pueblo.)
Ayer mendiga
del Manzanares
con mis cantares
la dicha hallé.
Hoy que la córte
pone á mis brazos

dorados lazos
que no soñé,
llanto cruel siento brotar
de mi angustiado corazon;
tú solo puedes mitigar,
padre querido, mi afliccion.
Si vuestro noble
desinterés
mi desventura
trocó en placer,
¿cómo olvidaros,
cómo no amar
tan dulce y santa
fraternidad? (Telon rápido.)

FIN DEL ULTIMO ACTO.

DOS PALABRAS.

Los Sres. Corona, Bosch y Moron, por un fafavor especial que nunca podremos agradecer lo bastante, se han prestado á desempeñar papeles inferiores á su categoría.

Tenemos una satisfacciou en consignarlo así, y en hacer público nuestro agradecimiento á todos los demás artistas que tanto han contribuido al éxito de esta obra.

LOS AUTORES.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías: de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del número 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de estas Galerías.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15 Rue Monsigny, París.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.